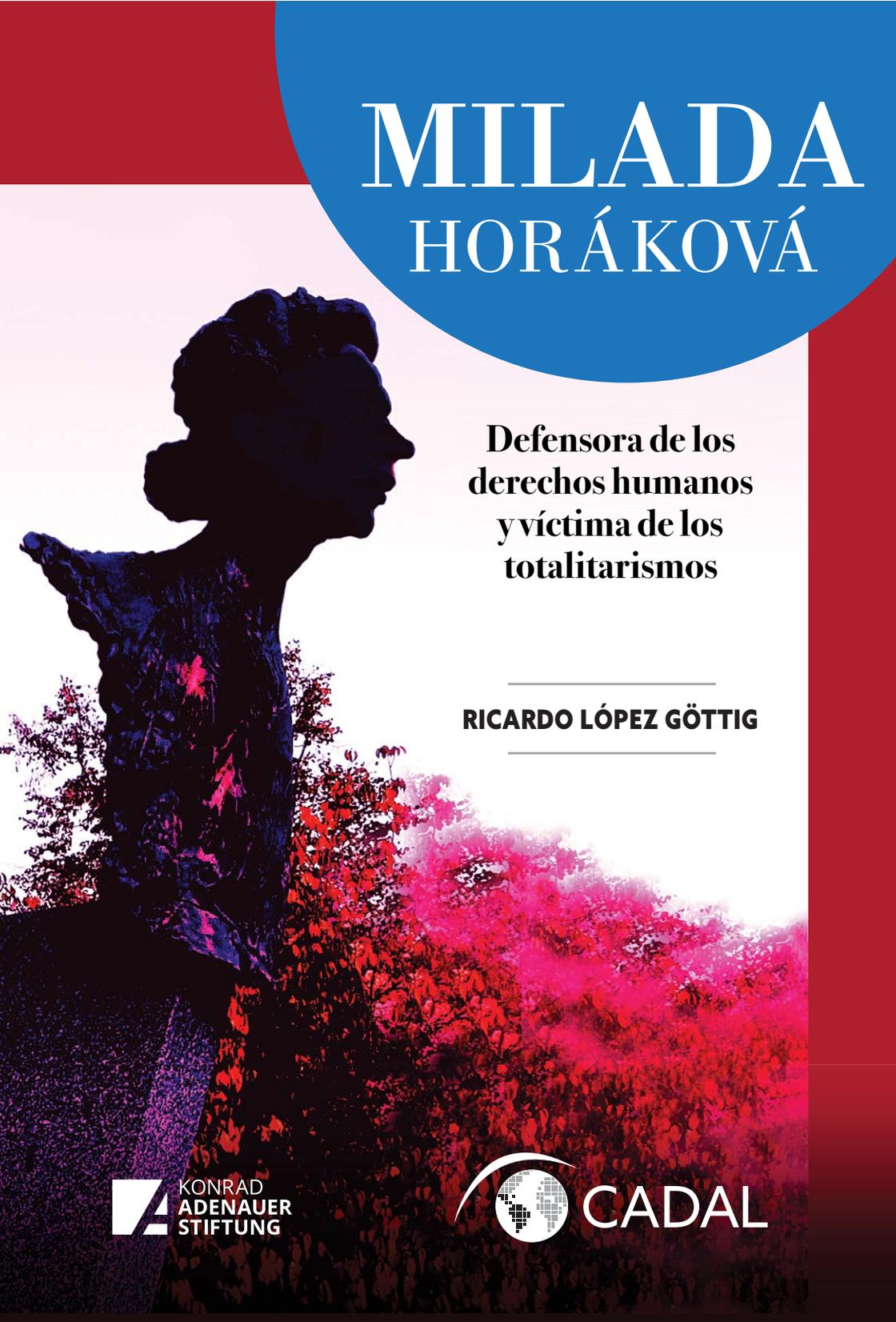


MILADA HORÁKOVÁ

**Defensora de los
derechos humanos
y víctima de los
totalitarismos**

RICARDO LÓPEZ GÖTTIG



**KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG**



CADAL

Ricardo López Göttig

MILADA HORÁKOVÁ

DEFENSORA DE LOS DERECHOS HUMANOS
Y VÍCTIMA DE LOS TOTALITARISMOS



BUENOS AIRES, 2020

MILADA HORÁKOVÁ

DEFENSORA DE LOS DERECHOS HUMANOS
Y VÍCTIMA DE LOS TOTALITARISMOS

© 2020, de esta coedición
Fundación CADAL

Autor:

Ricardo López Göttig

Diseño interior y portada:

Verónica Alonso S.

Fotos:

Gabriel C. Salvia

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
ISBN: 978-987-4492-07-4

www.cadal.org

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización expresa de los editores

Agosto, 2020

ISBN 978-987-4492-07-4



9 789874 492074

López Göttig, Ricardo

Milada Horáková: defensora de los Derechos Humanos y víctima de los totalitarismos / Ricardo López Göttig. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación Cadal ; Konrad Adenauer Stiftung Argentina, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4492-07-4

1. Totalitarismo. I. Título.

CDD 323.34

ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo.....	9
I. Milada Horáková, su formación y los años en la Primera República Checoslovaca.....	13
II. En la resistencia ante la ocupación alemana y los años en prisión.....	27
III. Una voz frente al comunismo: Milada Horáková en la Segunda República.....	39
IV. El juicio contra Milada Horáková	61
V. El legado.....	83
VI. Los totalitarismos	87
Bibliografía.....	93
<i>Acerca del autor</i>	97

PRESENTACIÓN

EL 25 DE AGOSTO DE 2016 LA LEGISLATURA DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE Buenos Aires aprobó el proyecto de ley que instauró el 23 de agosto como «Día en Recuerdo de las Víctimas del Totalitarismo» (Ley 5608), que recuerda la fecha del Pacto Ribbentrop-Molotov de 1939, entre los Ministros de Relaciones Exteriores de la Alemania Nazi y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. La iniciativa fue impulsada por los diputados Cecilia de la Torre y Francisco Quintana, tomando como antecedente la adoptada por el Parlamento Europeo. El resultado de la votación del proyecto en la legislatura porteña fue el siguiente: sobre 58 votos emitidos, 37 resultaron afirmativos, 15 negativos y hubo 6 abstenciones.

Quienes argumentaron en contra de esta iniciativa se opusieron a equiparar al nacionalsocialismo con el comunismo. Al respecto, la historia de la abogada, política, periodista y activista feminista checa Milada Horáková es uno de los tantos ejemplos de víctimas de ambos totalitarismos, lo cual contribuye a fundamentar en favor de la adopción del «Día en Recuerdo de las Víctimas del Totalitarismo» en la capital de la República Argentina.

Horáková fue una pionera del activismo en Derechos Humanos y una figura emblemática en la defensa de la democracia en la entonces Checoslovaquia. Este libro del historiador Ricardo López Göttig es una invitación a recordar a esta valiente mujer y abrazar los nobles ideales que defendió, por los cuales primero sufrió la prisión en

el campo de concentración nazi en Terezin y finalmente la condena a muerte por los comunistas.

Milada es todo lo que está bien en la defensa de los Derechos Humanos, defendiéndolos frente a las diversas formas políticas de suprimirlos. Y como abrazó ideales universales, su ejemplo trasciende a su país y por eso su historia merece ser conocida en una América Latina en la cual muchas víctimas de violaciones a los Derechos Humanos durante las dictaduras militares han defendido –y siguen defendiendo– a regímenes políticos como los que terminaron con la vida de Milada Horáková y de millones de personas en todo el mundo. Activista de Derechos Humanos es quien condena y enfrenta a todo tipo de dictadura, más allá de su signo político y porque en todos los casos serán antidemocráticas, es decir, represivas de las libertades civiles y políticas.

Desde CADAL, el agradecimiento al profesor López Göttig por este nuevo aporte, con esa capacidad de síntesis y erudición que facilitan la tarea de divulgación para una organización que promueve los derechos humanos y la solidaridad democrática internacional; a la Fundación Konrad Adenauer por su apoyo para publicar este libro y ser la contraparte en la organización anual de la Conferencia en el Día en Recuerdo de las Víctimas del Totalitarismo; y a la Pasante Internacional Lara-María Kovándová, por asistir al autor y recopilar antecedentes de otros casos similares al de Milada Horáková en Europa Central y Oriental. Finalmente, un agradecimiento a David Mrnka, Director de la película Milada, quien llevó esta historia al cine y nos inspiró la idea de presentarla en un libro que esperamos contribuya a la formación cívica de las nuevas generaciones latinoamericanas.

Gabriel C. Salvia

DIRECTOR GENERAL DE CADAL

Buenos Aires, julio de 2020.

PRÓLOGO

LA VIDA DE MILADA HORÁKOVÁ ESTÁ ÍNTIMAMENTE VINCULADA CON EL itinerario histórico de Checoslovaquia, un país que nació de los escombros del Imperio Austro-Húngaro, tras la primera guerra mundial. Ella participó activamente, desde los inicios y en un grado creciente, apoyando a la Primera República como funcionaria pública, abogada y miembro del Consejo Nacional de Mujeres, y luego como afiliada al Partido Social-Nacional Checo. Este compromiso cívico en defensa de las libertades, los derechos de la mujer, la protección a los más débiles y la independencia de su país se manifestó en tiempos de paz y democracia, y, sobre todo, en las situaciones límite que vivió en la resistencia checa frente a la ocupación alemana, así como política demócrata en la oposición al régimen comunista.

El estoicismo frente a las adversidades, la firmeza ante la tortura y las amenazas, la convicción íntima de que la justicia prevalecería, fueron características sobresalientes y singulares de una personalidad que logró trascender las épocas y las fronteras.

Milada Králová-Horáková no pudo vivir para ser testigo de cómo su país, Checoslovaquia, retornó a la senda democrática que marcó Tomáš Garrigue Masaryk en la presidencia de la República en los años 20 y 30. Pero sí se transformó en un símbolo de la resistencia ética frente a los totalitarismos, y por eso hoy es recordada en su Chequia natal. En el período de entreguerras, Checoslovaquia fue uno de los países más desarrollados de Europa, con una economía

industrializada, una cultura cosmopolita, niveles de ingresos más altos que Austria y bajísimo porcentaje de analfabetismo. Era la encrucijada en donde se atravesaban las culturas eslava, alemana y judía. De allí, entonces, que tanto el nazismo como la Unión Soviética apetecieran dominar a este país, estratégicamente ubicado y con un alto grado de desarrollo industrial. Las naciones democráticas del Occidente europeo se desentendieron de Checoslovaquia en 1938, con el Pacto de Munich, cediendo ante las presiones de Adolf Hitler, y se desinteresaron por esta pieza del tablero en 1948, en los comienzos de la guerra fría. Es un ejemplo de cómo un país de composición étnica tan heterogénea pudo ser una democracia vibrante y moderna en entreguerras y, luego, con la aplicación del régimen socialista y su planificación central de la economía, se estancó en los años 50, con cuarenta años de degradación. Para los lectores de habla castellana, el universo eslavo es un gran enigma, y el espacio geográfico y humano entre Alemania y Rusia es una *terra incognita* que apenas es mencionada en los cursos de Historia. Nuestro propósito es correr el velo que cubre a esa tierra vibrante, con un pasado y presente de gran complejidad, en donde los límites políticos se han corrido una y otra vez. A través de la vida de Milada Horáková, se podrá vislumbrar una cultura dinámica y moderna, que quizás pueda sorprender. Por ello, cabe recordar que la primera universidad creada al este del Rin fue la de Praga, por parte del emperador Carlos IV, del Sacro Imperio Romano; y que Jan Hus, rector de esa casa de altos estudios, propuso una serie de reformas que se anticipó en un siglo a los planteos de Lutero. La Praga de Milada Horáková se cruzó con la de Franz Kafka y la de Karel Čapek, uno de los pioneros de la ciencia ficción.

A setenta años de la trágica muerte de Horáková, estas páginas buscan presentar ante el público de lengua castellana a una figura política que descolló en su país, y que se ganó el respeto de sus contemporáneos más allá de sus fronteras.

Agradezco a Gabriel Salvia, director general de CADAL, que confiara en mí para realizar esta tarea en un año tan difícil y significativo para recordarnos el valor de las libertades. Una tarea fundamental la desempeñó Lara-Maria Kovándová, pasante de CADAL, quien colaboró en la búsqueda de bibliografía y *papers*. CADAL es un ambiente de libre pensamiento académico, una institución que es faro en un continente que aún pugna por encontrar su camino hacia la consolidación de instituciones democráticas estables, la universalidad de los derechos humanos y el progreso.

En América latina seguimos teniendo un país con un régimen como el que oprimió a Milada Horáková, con su Partido Comunista monopólico, aferrado al poder en su insularidad. La ciencia ha logrado encontrar remedios y tratamientos para superar muchas patologías, se hallaron vacunas para erradicar enfermedades contagiosas, pero aún no se ha descubierto la que nos inmunice frente a los autoritarismos, que parecieran estar fortaleciéndose, apoyándose unos a otros, en distintas latitudes del planeta.

Mi agradecimiento a quienes me acompañaron en el día a día, con paciencia y apoyo constante, en el avance, retroceso y nuevo avance de cada página: mi mujer, Marité Rybka, y mis hijas, Letizia y Morena. A ellas, estás páginas sobre una persona valiente, tenaz y comprometida con los valores de la libertad, la democracia y los derechos de la mujer.

Ricardo López Göttig

Gonnet, Julio de 2020

I. MILADA HORÁKOVÁ,

*su formación y los años en la
Primera República Checoslovaca*

EL 25 DE DICIEMBRE DE 1901 NACIÓ MILADA KRÁLOVÁ EN EL SENO de una familia checa. Su nombre trascenderá en la historia de su nación como Milada Horáková (apellido de casada), por su temple, valores y resistencia frente a dos totalitarismos: el nazismo, que invadió a su patria en 1939, y al comunismo, que se implantó en 1948 bajo la esfera de la Unión Soviética. Cuando Milada nació en Praga, el entonces Reino de Bohemia era parte del Imperio Austro-Húngaro, una monarquía centroeuropea que sumaba a varias nacionalidades. En este imperio había alemanes, húngaros, checos, eslovacos, croatas, eslovenos, italianos, rumanos, judíos, rutenos, bosnios y polacos, una amalgama de reinos con un mismo monarca.

En el siglo XIX, convulsionado por las crecientes demandas de emancipaciones nacionales y deseos de constituir gobiernos parlamentarios que respetaran las libertades individuales, los checos fueron recuperando su antigua cultura y lengua. La aristocracia checa, asimilada al esquema imperial, hablaba entre sí en alemán, además del francés e italiano, dejando a la lengua checa como un vehículo de comunicación con los campesinos. No

obstante, algunos intelectuales checos, como František Palacký, fueron recuperando al checo como un canal de comunicación y lo difundieron en las emergentes clases medias de las urbes (Kieval: 125; Wingfield: 57). Hacia fines del siglo XIX, el deseo de autonomía checa dentro del Imperio Austro-Húngaro era vigoroso, siendo el profesor Tomáš Garrigue Masaryk, filósofo, uno de sus representantes políticos más destacados. Masaryk era el fundador del movimiento realista, y el padre de Milada, Čeněk Král, era uno de sus seguidores. La niña creció en un ambiente en el que el deseo de la autonomía checa, si no la emancipación, era fuerte, y ella aprendió y escuchó desde muy joven sobre las discusiones políticas del tiempo anterior a la Gran Guerra que se desató en el Viejo Continente en 1914 (Iggers: 288). Había sectores de la política checa que miraban con simpatía al eslavismo, que los singularizaba frente a los alemanes, y que veía con buenos ojos al Imperio Ruso en una posición de liderazgo frente al mundo occidental. Otros, como T. G. Masaryk, se sentían vinculados a las tradiciones políticas de la democracia, el liberalismo político, el laicismo y el constitucionalismo que se había desarrollado en Occidente (Olivová: 18; Orzoff: 34). Čeněk Král era un hombre más identificado, pues, con la postura de Masaryk, a quien en ese escenario se lo podía ubicar en la centroizquierda. Era director de una fábrica de lápices en České Budějovice, a donde viajaba todas las semanas, mientras su familia siempre residió en Praga.

Milada se destacó rápidamente en la escuela por su inteligencia y dedicación, pero lo que la impactó fuertemente, fue el fallecimiento de sus dos hermanos por escarlatina, una enfermedad fulminante. Años más tarde, sus padres dieron a Milada una nueva hermana, Věra. Wilma Iggers señala que, posiblemente, esta mala experiencia de la temprana muerte de los hermanos de

Milada, llevó a Čeněk Král a orientar a su hija hacia el estudio de la abogacía en lugar de la medicina, tal como había sido la vocación original (Iggers: 289; Watkins: 40). La adolescencia de Milada transcurrió en la Gran Guerra: el Imperio Austro-Húngaro declaró la guerra al Reino de Serbia en julio de 1914, acusando al gobierno de ese país de conspirar en el asesinato del príncipe heredero Francisco Fernando durante su visita a Sarajevo. Apoyado por el káiser alemán, el monarca austríaco dio inicio a un conflicto que despertó el entusiasmo patriótico de millones de europeos, que se lanzaron a enrolarse en los ejércitos. Ese conflicto bélico de enorme magnitud, que envolvió con su torbellino a países grandes y pequeños, se vino preparando desde decenios anteriores con una carrera armamentista intensa.

Al poco tiempo de comenzar las hostilidades, el profesor Masaryk emigró a Francia en donde, junto con Edvard Beneš –sociólogo checo– y Miloslav Štěpánik –astrónomo y piloto de aviación, eslovaco–, conformó un comité que bregó por la independencia de esas dos naciones. Poco a poco, se fue forjando la idea de «Checoslovaquia». En principio, Masaryk y Beneš contemplaron la posibilidad de que se independizara el viejo Reino de Bohemia como una monarquía constitucional, cuyo Jefe de Estado sería un miembro de la familia de los Windsor, o bien de la familia real serbia. Otros, como Karel Kramář, eran de la corriente eslavófila y buscaban instalar en ese trono a un miembro de la familia imperial rusa (Olivová: 20).

Soldados checos y eslovacos, enrolados en las filas del Imperio Austro-Húngaro y enviados al frente de combate contra las tropas del Imperio Ruso, se encontraban luchando contra otros eslavos. Desde las filas rusas se enviaban panfletos llamándolos a desertar y a liberarse del yugo alemán. Muchos lo hicieron, sin abandonar

del todo las armas, sino formando la Legión Checoslovaca en suelo ruso, y que fue a combatir contra el Imperio Alemán en el frente occidental, en Francia. De este modo, continuaban en la batalla pero volviendo las bayonetas contra el dominio alemán, sin derramar sangre de otros eslavos (Olivová: 20).

La familia Král siguió atentamente el desarrollo de la guerra y de las acciones del Comité Nacional Checoslovaco, liderado por el profesor Masaryk, en Francia y el Reino Unido. Milada, estudiante secundaria (*Gymnasium*) para ese momento, debatió fervorosamente sobre las circunstancias del conflicto, participando en una manifestación prohibida del 1º de mayo de 1918 en contra de la continuidad de la Gran Guerra. Esto motivó su expulsión de la institución educativa a una diferente. Como expresión de su espíritu independiente e indómito, colaboró como voluntaria en la Cruz Roja (Watkins: 39).

El 28 de octubre de 1918 se declaró la independencia de Checoslovaquia. El sueño de Masaryk, Štefánik y Beneš se había vuelto una realidad durante el último año de la guerra, ya que los gobiernos de Francia, el Reino Unido y de los Estados Unidos fueron reconociendo al Comité Nacional Checoslovaco como vocero legítimo de ambas naciones, acordando su reconocimiento y destacando la participación de la Legión Checoslovaca. Iggers señala que Milada comenzó a estudiar en forma sistemática la obra política y filosófica de Tomáš Garrigue Masaryk, quien fue proclamado como primer presidente de la República Checoslovaca (Iggers: 289). La mujer de Masaryk, Charlotte Garrigue Masaryk, fue una activa feminista que impulsó los derechos de la mujer, y que tradujo la obra de John Stuart Mill «El sometimiento de la mujer» (*The Subjection of Women*) a la lengua checa (Jusová: 11). Hubo una ola de gran entusiasmo de los checos y eslovacos

al lograr esta república, pero una gran desazón de los alemanes y húngaros que, al derrumbarse el Imperio Austro-Húngaro, se hallaron viviendo en las fronteras de este nuevo país. Los alemanes constituían el 23% de la población total de Checoslovaquia, en tanto que los magiares el 10%; pero la población de habla germana se hallaba concentrada, mayormente, en las grandes ciudades de Bohemia y Moravia, y las partes fronterizas con Alemania y Austria (los Países Checos), en tanto que los húngaros en Eslovaquia y Rutenia. Paradojalmente, los empresarios germanos se vieron beneficiados, al estar en uno de los países que eran considerados entre los victoriosos de la Gran Guerra, a diferencia de sus connacionales en Austria y Alemania.

La joven Milada Králová, al finalizar sus estudios, ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Karlova de Praga, siguiendo el consejo de su padre. Mientras cursaba la carrera de Abogacía, conoció a Bohuslav Horák, ingeniero agrícola que luego completó el doctorado en su especialidad, y con quien contraería matrimonio al doctorarse ella. Antes del casamiento, debieron resolver una cuestión que era fundamental para la familia Horák, como era la de la religión: los Horák eran protestantes y muy activos en su comunidad religiosa. A propuesta de la madre de Milada, la familia Král resolvió convertirse al protestantismo, resolviendo de este modo toda controversia. Y es que, en tiempos de la presidencia de Masaryk, había un fuerte distanciamiento de la República Checoslovaca respecto a la Iglesia Católica Romana, que era identificada con los austríacos. Fue el tiempo de la reivindicación de la figura de Jan Hus, el reformista cristiano checo que se adelantó en un siglo a Martín Lutero. En este plano, también, la familia Král se aproximaba aún más al pensamiento de T. G. Masaryk. Milada se doctoró en 1926 y contrajo matrimonio al

año siguiente; la fortaleza de las convicciones religiosas que abrazó se expresó más adelante, cuando estuvo prisionera durante la segunda guerra mundial y, sobre todo, cuando estuvo detenida y fue enjuiciada por el régimen comunista, en 1950 (Iggers: 290; Watkins: 40).

Su ingreso a los estudios del Derecho fue posible porque en la República Checoslovaca se levantaron las restricciones a que las mujeres pudieran cursar estas carreras universitarias, distanciándose del modelo del Imperio Austro-Húngaro, que las limitaba al magisterio. Los primeros pasos de —ahora sí— Milada Horáková en el terreno de la abogacía, los dio en la Alcaldía de Praga, en donde se desempeñó en el área del bienestar social, asistiendo en cuestiones de niñez, vivienda y desempleo, cruciales tras la guerra y el nacimiento de la nueva república. Pero la actividad que la vinculará con el quehacer político checoslovaco, fue al sumarse como miembro del Concejo Nacional de Mujeres (*Ženský Klub Český*), de la mano de la senadora Františka Plamínková, del Partido Socialista Nacional Checo (*Česká Strana Národní-Socialní*, ČSNS), una fuerza reformista de centroizquierda nacida a fines del siglo XIX. La senadora Plamínková fue de inspiración para Milada Horáková, y por su trabajo altamente profesional, disciplinado y efectivo, se fue convirtiendo en su colaboradora más cercana en el Concejo Nacional de Mujeres. Este fuerte compromiso cívico y su capacidad intelectual, la llevaron a representar al Concejo en reuniones internacionales, viajando al Reino Unido, Francia, Suiza y Suecia. Asimismo, también fue activa en la Asociación de Mujeres Abogadas. Pero esta perspectiva profesional, la complementó con la preocupación por las mujeres que deseaban dedicarse plenamente a sus familias, y para ellas abogó por su protección legal y social. Entendía, pues, que el desarrollo de una

mujer debía respetarse en todos los planos y que, cualesquiera que fuera el camino que tomara para su evolución personal, debería ser considerado como valioso en sí mismo, y no como un complemento del hombre (Watkins: 41-42). La constitución checoslovaca de 1920 reconocía el voto universal, sin distinción de sexo, para todos los ciudadanos mayores de 21 años para elegir a la cámara de diputados (art. 9), así como el derecho a ser parte de esa cámara para cualquier ciudadano, mayor de 30 años (art. 10). Para elegir al Senado, podían hacerlo hombres y mujeres mayores de 26 años (art. 14), y para ser electo, sin distinción de sexo, ciudadanos mayores de 45 años (art. 15). La posibilidad para que una mujer ocupara la presidencia, estaba habilitada por el art. 56, ya que las condiciones para ser la primera magistratura eran las mismas que para la Cámara de Diputados, pero con 35 años de edad. La Constitución reconocía el derecho a la libertad de todos los habitantes de Checoslovaquia sin distinción de origen, nacionalidad, sexo, lengua, raza o religión (art. 106). Pero esta igualdad consagrada para las mujeres en el texto constitucional, no tenía correlato inmediato en la legislación heredada del Imperio, ni mucho menos en las costumbres. De allí que Milada Horáková estuviese tan comprometida en defender los derechos de la mujer en la recién nacida Checoslovaquia, siendo ese país una vanguardia en el mundo de entonces.

En 1929, Milada Horáková se sumó al Partido Social-Nacional Checo (ČSNS), al que también se había incorporado Edvard Beneš, el ministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia, el funcionario más destacado del gabinete por su actuación internacional. Para un país nuevo como Checoslovaquia, rodeado por países con gobiernos o fuerzas políticas que procuraban revisar las fronteras de los tratados de paz de la posguerra (Versalles

con Alemania, Saint-Germain-en-Laye con Austria, Trianon con Hungría), la labor diplomática era fundamental para establecer vínculos que le permitieran preservar su independencia e integridad. De allí que, durante el período de entreguerras, el gobierno checoslovaco y Beneš en particular, fueran tan activos en la Liga de las Naciones. El énfasis estaba puesto en la defensa del derecho internacional público como instrumento para la solución de las controversias, y en la Liga de las Naciones como el ámbito adecuado para resolverlas. El gobierno checoslovaco, a su vez, se preparó para el eventual escenario bélico, trazando alianzas defensivas con Francia –mirando hacia Alemania–, y a la vez con Rumania y Yugoslavia, la denominada «Pequeña Entente», mirando hacia Hungría. El ministro Beneš pasaba largas temporadas en Ginebra, la sede de la Liga, y era el ministro más cercano a Masaryk, quien permanecía como un presidente por encima de todos los partidos políticos, sin ser parte de ninguno (Sládek: 17-21).

Los años 30 fueron sombríos para esta joven república, compuesta por dos naciones con un extenso pasado. La llegada al poder de Adolf Hitler a la cancillería germana en enero de 1933 fue un cataclismo que alteró todo el equilibrio político del continente europeo, ya que el nacionalsocialismo no sólo implantó rápidamente un régimen autoritario y racista en Alemania, sino que fue extendiendo su influencia sobre los alemanes residentes en otros países, como Checoslovaquia. En ese año, gracias a su amistad con Alice Garrigue Masaryková, tuvo una entrevista con el presidente de la República en el Castillo, la sede del primer magistrado. En esa tarde memorable para Milada, habló de sus ideas sobre la educación y el bienestar de las mujeres, que impulsaba desde el Consejo Nacional de Mujeres (Baer: 117). Ya tenía una

conocida trayectoria en Checoslovaquia y en Europa en defensa de los derechos de las mujeres, habiendo viajado a Suiza, Gran Bretaña, Francia y Suecia, así como había conocido a Eleanor Roosevelt. En 1933, también, Milada Horáková dio a luz a su niña, Jana.

Como era un país democrático y pluralista, en Checoslovaquia había diversidad de partidos políticos, conformados en torno a líneas de pensamiento político, pero también por caracterización lingüística. De este modo, había partidos checos, eslovacos, alemanes y húngaros. En términos generales, los partidos de valores democráticos se unían en gobiernos de coalición en esta república parlamentaria, en tanto que las agrupaciones que impugnaban el orden existente tenían bancadas, pero sus voces quedaban en la oposición (Krejčí y Machonin: 9-13). Por extrema izquierda, el activo Partido Comunista checoslovaco (*Komunistická Strána Československá*, KSČ), liderado por Klement Gottwald, recibía instrucciones precisas desde Moscú y del Komintern de cuestionar a la democracia parlamentaria «burguesa», postura que cambió cuando Stalin dio la orden de formar «frentes populares» con los socialdemócratas, al llegar el nazismo al poder en 1933 en Alemania. En 1934, Klement Gottwald sostuvo que la amenaza nazi era un invento de los capitalistas checoslovacos como un pretexto para armar al ejército e implantar una dictadura fascista. Pero con las nuevas instrucciones del séptimo congreso del Komintern, los partidos socialdemócratas, que habían sido caracterizados como «social-fascistas» por los comunistas, repentinamente se transformaban en progresistas y democráticos (Lukes, 1996: 73).

Pero la fuerza política que puso en jaque al sistema democrático y parlamentario checoslovaco fue el Partido de los Sudestes Alemanes (*Sudetendeutsche Partei*, SdP), dirigido por Konrad

Henlein, que proponía la mayor autonomía de los alemanes de los Sudetes dentro de Checoslovaquia. Pero en rigor, era un caballo de Troya del nazismo, un ariete contra la república que permanecía como un oasis de libertad en el centro de Europa, asediada por un océano de regímenes totalitarios y autoritarios en el Viejo Continente. El auténtico objetivo del SdP era horadar desde dentro a Checoslovaquia y lograr la fusión de los alemanes de los Sudetes a Alemania, así como el dominio germánico sobre la población checa, a la que la ideología racista del nacional-socialismo consideraba inferior por ser eslava. Esto era, pues, de la creación del *Lebensraum* («espacio vital») y la purificación racial bajo el dominio ario. En las elecciones generales del 19 de mayo de 1935, el SdP de Konrad Henlein lograba el 15.2% de los sufragios, logrando cosechar el 66% de las voluntades de los alemanes de Checoslovaquia en las urnas. El SdP pasaba a ser, paradójicamente, la primera minoría en el parlamento en Praga, una fuerza que demostrará sus verdaderas intenciones en 1938, recibiendo instrucciones desde Berlín para hacer colapsar y despedazar a la República Checoslovaca.

En este contexto político, el presidente Tomáš Garrigue Masaryk dejó la presidencia de la República, magistratura que fue ocupada por Edvard Beneš, hasta entonces ministro de Relaciones Exteriores, en 1935. Como ministro, había contribuido a que la Unión Soviética ingresara a la Liga de las Naciones, un contrapeso a la salida de Japón, en 1932, y a la de Alemania, en 1933. Buscaba tender un puente hacia el régimen soviético, aun cuando se conocía bien su carácter totalitario y las purgas que estaba llevando adelante el stalinismo, que costaban las vidas de cientos de miles de miembros del propio partido hegemónico. Como ministro, viajó a la URSS e hizo una innecesaria y perjudicial apología

sobre ese régimen, del que se conocían sus crímenes y persecuciones, a la prensa checoslovaca. Es comprensible que buscara establecer una alianza militar con la Unión Soviética, en vistas a la creciente amenaza del régimen nazi; pero sus palabras de encomio hacia el régimen de Stalin alimentaron las versiones que señalaban a Beneš como un aliado del comunismo. Intentó, incluso, ser el puente de comunicación entre los gobiernos de Francia y la Unión Soviética para que establecieran una alianza defensiva, pacto que rubricaron sin necesidad de recurrir a Edvard Beneš, enterándose media hora antes. Eran señales poderosas de que, en el gran juego político de Europa, Checoslovaquia era considerada una pieza menor, aun cuando pusiera el mayor de los empeños en descollar diplomáticamente y en ser una democracia solitaria y asediada interna y externamente. A raíz de las acciones internas y externas del SdP, así como por la presión política de Adolf Hitler, los gobiernos del Reino Unido y de Francia accedieron, en el oprobioso Pacto de Munich de 1938, que Checoslovaquia cediera los Sudetes al Reich alemán. A este acto de rendición, que era parte de la llamada «política de apaciguamiento» (*appeasement policy*) del primer ministro británico Neville Chamberlain, no fue convocado el gobierno de Checoslovaquia, quedando abandonado a su suerte. Hitler logró su objetivo sin un solo disparo, y Benito Mussolini fue testigo.

Miles de ciudadanos checos se reunieron en la plaza frente al Parlamento de la República (hoy, el Teatro Rudolfinum), en Praga, para pedir por la resistencia armada frente a este despojo de parte de su territorio, decidido por cuatro potencias europeas. Pero el gobierno checoslovaco de Beneš era plenamente consciente de su fragilidad: si bien tenía fuerzas armadas preparadas y bien equipadas, y una red de fortificaciones para hacer frente a una

invasión desde Alemania, en marzo de 1938 se había producido el *Anschluss* con Austria, por lo que la frontera meridional era vulnerable. Los gobiernos de Hungría y Polonia se habían sumado, también, para buscar territorios que reclamaban. Los magiares obtendrían una franja meridional al sur de Eslovaquia, habitada mayormente por húngaros, en tanto que Polonia obtendría una pequeña porción de Silesia, que había sido disputada con Checoslovaquia en 1919. El gobierno de Edvard Beneš, desahuciado y abandonado por sus antiguos aliados, estimaba que la resistencia armada duraría dos semanas, al cabo de las cuales la Alemania nazi tomaría posesión completa del territorio, a un costo humano y material altísimo. Como consecuencia de esta cesión impuesta a Checoslovaquia, el país perdía 41.000 km² de territorio, en donde estaba instalada la red de fortificaciones militares para hacer frente a una eventual invasión germana. También perdía unos cinco millones de habitantes, de los cuales un millón 250 mil eran checos y eslovacos. Las consecuencias económicas eran también catastróficas, ya que perdía industrias y campos fértiles.

Miles de refugiados procedentes de los Sudetes llegaron al territorio checoslovaco aún independiente, y allí participó Milada Horáková para brindar ayuda, organizando la asistencia a los refugiados. Había allí checos, judíos y alemanes, puesto que no pocos germanoparlantes eran francamente antinazis. Junto a Františka Plamínková, del Concejo Nacional de Mujeres, Marie Provazníková, de la organización Sokol, Horáková empleó sus conocimientos legales y su capacidad operativa para hallar hogares a quienes escapaban de la anexión de los Sudetes. Ayudaron a escapar a personas que, por sus opiniones políticas u orígenes étnicos, serían enviados a los campos de concentración, o a encontrar un hogar a quienes eran expulsados de sus antiguas

propiedades. De este modo y en esta emergencia nacional, Milada Horáková formó el comité de asistencia a los refugiados, una red organizativa que luego le sirvió para mantener lazos y canales de comunicación y ayuda en tiempos de la resistencia frente a la invasión alemana. Mientras tanto, Bohuslav Horák retornaba al hogar, luego de haber sido movilizado por ser reservista del ejército checoslovaco (Iggers: 292). Comenzaba a desmoronarse la primera república, esa isla de libertades y democracia en el centro de Europa, porque el continente marchaba velozmente hacia un nuevo tipo de conflagración.

Edvard Beneš renunció a la primera magistratura el 5 de octubre de 1938 y partió al exilio dos semanas después al Reino Unido —por exigencia del régimen nazi—, siendo reemplazado por Emil Hácha, un jurista checo que hasta entonces había sido miembro de la Corte Suprema, y que implantó un régimen que se aproximaría rápidamente a un sistema fascista para agradar a Adolf Hitler. Pero el objetivo del nacionalsocialismo no era sólo anexionar a la población alemana, sino también la de iniciar la construcción del *Lebensraum*, el «espacio vital», como uno de los ejes ideológicos de ese régimen. Ello significaba la expansión y repoblación con «arios» germanos y nórdicos de Polonia, los países bálticos, Ucrania, Bielorrusia y toda la Rusia europea. Era un vasto plan de ingeniería social y utopía racial que, como primer laboratorio, utilizaría a los Países Checos, es decir, Bohemia y Moravia. Pero en lo inmediato, en octubre de 1938, en Eslovaquia se permitió la creación de la versión nazi local, el *Deutsche Partei* (Partido Alemán), y el 1º de diciembre asumió el gobierno autónomo del monseñor Jozef Tiso.

El 15 de marzo de 1939, Adolf Hitler convocó a Emil Hácha a Berlín, atendiéndolo luego de varias horas de espera en el

vestíbulo, en las primeras horas de la mañana, simplemente para notificarle que las tropas de la Alemania nazi entraban a lo que quedaba de Checoslovaquia para anexionar Bohemia y Moravia, ahora como un «protectorado», al Tercer Reich. Tras ser amenazado, Hácha firmó el documento de entrega de lo que restaba del territorio. A Eslovaquia, Hitler le otorgó la independencia, con Monseñor Jozef Tiso como presidente, en tanto que la región de Rutenia era entregada a Hungría. Lo que restaba de la primera República Checoslovaca, había muerto, tras una agonía de seis meses desde el Pacto de Munich. Ya en vano protestaron los gobiernos del Reino Unido y Francia, cuando comprobaron que la palabra de «honor» de Adolf Hitler no valía nada, y que toda la política de apaciguamiento había sido un fracaso. Cuando el Führer alemán comenzó con su reclamo del Pasaje de Danzig, en Polonia, para unificar territorialmente las dos partes de Alemania separadas por el corredor polaco, los gobiernos francés y británico establecieron un límite, finalmente, a los deseos expansionistas del régimen nazi, expresando su apoyo a la independencia e integridad de Polonia.

Pero para dar la estocada letal a Polonia, Adolf Hitler encontró el apoyo de un aliado inesperado, el del otro coloso totalitario que se cernía sobre Europa: la Unión Soviética, entonces liderada por Iósif Stalin.

II. EN LA RESISTENCIA, *ante la ocupación alemana y los años en prisión*

SE DESMORONÓ, PRIMERO, EL ORDEN CONSTITUCIONAL DE LA PRIMERA República, y luego la propia Checoslovaquia, pero los demócratas checos se organizaron para mantener con vida los ideales de libertad que impulsaron la emancipación de ese país. Milada Horáková, comprometida con los valores cívicos y su participación en el partido ČSNS y en el Consejo Nacional de Mujeres, formó parte de los núcleos de resistencia que se establecieron en la clandestinidad frente al embate nazi.

En tanto primer laboratorio social, la política de «higiene racial» significó la aplicación de las leyes de Nuremberg a la población judía del ahora llamado «Protectorado de Bohemia y Moravia», así como la intensa germanización de la población checa. El antiguo Reino de Bohemia formó parte del Sacro Imperio Romano-Germánico durante siglos, manteniendo el carácter eslavo que tanto lo singularizaba. Alemanes y checos, a los que pronto se sumaron judíos, se entremezclaron a lo largo de siglos, por lo que ambas lenguas se manejaban indistintamente. Con la sujeción de Bohemia y Moravia al dominio austríaco, la aristocracia checa se fue germanizando, quedando la lengua checa para el

uso con los campesinos, pero ésta recobró su fuerza y vigor desde el siglo XIX. Lo que se propuso el régimen nazi fue borrar esa identidad checa, no sólo en términos de cultura, sino todo rasgo que pudiera recordar el pretérito inmediato. De este modo, durante los años del «Protectorado» se cerraron las universidades y escuelas secundarias, impuso con rigor la lengua alemana como único vehículo de comunicación, y persiguió a la intelectualidad. De este modo, un porcentaje de la población se asimilaría a los alemanes en pocas generaciones; otro porcentaje, quedaría como mano de obra semiesclava y brutalizada, apenas alfabetizada, al servicio de la «raza de los señores». Siendo la Checoslovaquia de entreguerras uno de los países más industrializados y tecnológicamente modernos del mundo, era fundamental para el régimen nazi incorporar a Bohemia y Moravia para la fabricación de armamentos, en vista al conflicto bélico que habría de desatar en poco tiempo. Y, finalmente, de acuerdo a esta ingeniería social, el porcentaje restante de la población que no podría asimilar ni someter, perecería con la aplicación de la «higiene racial», por la esterilización y la eutanasia. Los alemanes fueron reconocidos como ciudadanos del Reich, en tanto que los checos lo eran del Protectorado. El *Sudetendeutsche Partei*, de Konrad Henlein, se fusionó al NSDAP del Tercer Reich.

En lo formal se mantuvo a Emil Hácha como presidente, para ocuparse de los asuntos internos, pero las relaciones internacionales, la defensa, la moneda, el comercio exterior y las comunicaciones quedaban en manos de Alemania. Emil Hácha y su gabinete eran responsables ante el *Reichsprotektor*, siendo nombrado Konstantin von Neurath el 18 de marzo de 1939. El Parlamento fue disuelto, reemplazado por un concejo nombrado por el presidente, llamado «Comunidad Nacional» (*Národní Souručenství*).

En la primera semana, fue detenido un millar de personas, entre ellos antiguos políticos de la República, así como líderes de la comunidad judía. Los judíos que habían escapado antes de Alemania hacia Checoslovaquia, fueron deportados a los campos de concentración. Si bien se difundieron las consignas antisemitas al igual que en el Reich, las acciones antijudías quedaron a cargo de los fascistas checos. Uno de estos movimientos fascistas checos era *Vlajka* (Bandera), que publicaba un boletín antisemita llamado *Arijský boj* (La Lucha Aria), tenía unos trece mil miembros y había organizado un cuerpo paramilitar llamado *Svatopluk*, emulando a la SA nazi.

Milada Horáková se integró al Centro Político (*Politické Ústředí*, PÚ), que a su vez formaba parte del Liderazgo Central de la Resistencia Interna (*Ústřední Vedení Odboje Domácího*, ÚVOD) (AA.VV.: 150). En Londres, se conformó el Gobierno Nacional Checoslovaeco, en el exilio, presidido por Edvard Beneš. El 1° de septiembre de 1939, cuando se desató la invasión alemana contra Polonia, el régimen ocupante detuvo a muchos líderes intelectuales y políticos checos, entre los que se incluía a la senadora Františka Plamínková. De este modo, Milada Horáková ocupaba la secretaría del Consejo Nacional de Mujeres e impulsó la creación de ramas locales en las regiones del interior del país, así como coordinó el envío de víveres, la difusión de noticias y ayuda a los perseguidos a cruzar la frontera, o bien a esconderse. En octubre de 1939, los estudiantes universitarios hicieron una demostración masiva, la que fue seguida por la detención de muchos de sus principales líderes, enviados a campos de concentración y ejecutados nueve de ellos. Un memorándum secreto del régimen nazi proponía inducir la emigración de los intelectuales checos, ya que los consideraba «enemigos irreconciliables» de Alemania. El hogar de la familia

Horák se convirtió en uno de los lugares de reuniones secretas de los miembros del Centro Político, siendo ambos activos participantes (Watkins: 48).

El 2 de agosto de 1940, mientras se hallaban de vacaciones, Milada y Bohuslav fueron detenidos. Milada Horáková fue enviada a la prisión de Pankrác, en Praga, y su marido a un centro de detención en Pardubice. Su hija Jana estuvo junto a sus abuelos paternos, que residieron en Praga hasta el final de la guerra. La Gestapo pudo descubrir los nexos de Horáková con la resistencia checa. Tras dos años de estar prisionera en Pankrác, y como respuesta al atentado de la resistencia checa contra Reinhard Heydrich –miembro prominente de la SS, gobernador de Bohemia-Moravia, que murió días después– fue enviada al campo de concentración de Terezín (*Theresienstadt*), a fin de esperar su juicio. En otra parte del campo se encontraba Bohuslav y, gracias a la ayuda de algunos prisioneros, lograron mantenerse en contacto por medio de mensajes. Allí fue sometida a treinta y seis interrogatorios intensos y a la tortura. Para asegurarse de que había quedado inconsciente, le clavaban agujas en las manos. Algunas noches fue recluida en una celda muy similar a una chimenea, sin luz, con grilletes que lastimaban aún más sus heridas. En esos años se forjó su temple, su capacidad de resistencia al dolor, su férreo autocontrol para que no lo advirtieran sus torturadores. Fue en esas circunstancias extremas, al borde la muerte, en la frontera con el dolor más agudo, cuando sus convicciones religiosas se hicieron más profundas y la ayudaron a sobrevivir, a sobrellevar la angustia existencial, a pensar en su salida con vida de esas mazmorras. Cuando los nazis comprobaron, finalmente, que no había sido secretaria de Edvard Beneš, su situación mejoró y pudo asistir a los enfermos del campo, ya que había tenido experiencia como

voluntaria en la Cruz Roja durante la Gran Guerra (Watkins: 50; Iggers: 293-294).

Tras esos años, Milada fue condenada a muerte por el régimen nacionalsocialista, pero gracias a sus conocimientos jurídicos y su espíritu de resistencia, movida por la íntima convicción de que la justicia prevalecería (el lema de la República Checoslovaca, después de todo, era «la verdad triunfa»), asesoró a sus defensores en la apelación a la pena capital. Necesitaba ganar tiempo para salvar su vida, el Eje estaba en claro retroceso en todos los frentes de guerra, en tanto que los Aliados avanzaban sobre Alemania desde el Este y el Oeste. Para la apelación fue enviada a Leipzig, territorio del Reich, en donde debió trabajar en una fábrica de municiones mientras esperaba presentarse ante la corte. Pudo defenderse en alemán ante sus jueces en Dresden, ya que hablaba esa lengua con fluidez, como muchos de sus compatriotas. El 23 de octubre de 1944, la Corte la condenó a ocho años de trabajos forzados, que habría de cumplir en la prisión de mujeres en Aichbach, cerca de Munich. Fue liberada gracias a la llegada de las tropas estadounidenses, y arribó a Praga el 25 de mayo de 1945, semanas después del fin de la segunda guerra mundial. Allí se reunió, tras tantos años de prisión, con su hija Jana, su hermana Věra, sus familiares y, poco tiempo después, con su marido Bohuslav (Iggers: 294; Watkins: 50-51).

Durante la guerra, el ex presidente Edvard Beneš había estado activo, formando el Gobierno Provisional Checoslovaco, con el objetivo final de recuperar la independencia de su país. Al poco tiempo de exiliarse en Gran Bretaña, fue incorporado como profesor en la Universidad de Chicago, en Estados Unidos, a donde viajó para impartir clases. Pero la ocupación alemana de 1939 y la implantación del «protectorado», lo motivaron a retornar a

Londres. Tras desatarse la guerra en septiembre de 1939 y de ser invadida Francia por las fuerzas teutónicas, el entonces ministro de Relaciones Exteriores británico, Lord Halifax, reconoció al Gobierno Provisional Checoslovaco en julio de 1940 (Lukes, 2006: 19-20). El 16 de julio de 1941, el gobierno de la Unión Soviética también haría lo mismo, a través de su representante diplomático en Londres, reconociendo las fronteras previas al Pacto de Munich. Ante esta jugada audaz, el ministro de Relaciones Exteriores británico, Anthony Eden, extendió el reconocimiento a Beneš como presidente de la República Checoslovaca, dos días después. El 20 de julio, el presidente Roosevelt también reconoció al Gobierno Provisional Checoslovaco. Los ajedrecistas ponían en marcha sus piezas, dispuestos a ocupar el centro del tablero europeo (Lukes, 2012: 21). A Beneš lo acompañaba, en estos ajedreos diplomáticos, Jan Masaryk, quien actuaba como ministro de Relaciones Exteriores del gobierno provisional, y que hasta el Pacto de Munich había sido el embajador de su país ante el Reino Unido. En 1942, Anthony Eden anunció ante la Cámara de los Comunes que el gobierno británico se declaraba libre de lo acordado en el Pacto de Munich, en tanto que el general Charles De Gaulle, presidente provisional de la Francia Libre, declaraba «nulo y viciado» al mencionado tratado. De este modo, Checoslovaquia volvía a transformarse, lentamente, en una realidad en el escenario internacional, aunque aún seguía bajo dominio nazi. Pero el presidente Beneš se encontró, una vez más, en un laberinto. Por un lado, desde la Unión Soviética se le reconocían a Checoslovaquia los límites previos al Pacto de Munich, pero claramente había un abismo en cuanto a los regímenes políticos a las que ambas partes aspiraban. Porque Edvard Beneš y el gobierno provisional seguían fieles a los principios de la libertad y la república parlamentaria pero, a su vez, desde las democracias

occidentales no recibía señales claras de que se reconocerían las viejas fronteras. Su margen de maniobra era muy estrecho, porque no podía disgustar a los gobiernos Aliados occidentales, pero a su vez la única potencia que lo apoyaba en el reclamo de la integridad territorial, era la soviética. Entre estos dilemas, en Londres, debía maniobrar el presidente Beneš, mientras las tropas del Eje retrocedían en el frente oriental y en el norte de África. A pesar de las presiones británicas, Beneš se decidió a viajar a Moscú en 1943 para firmar un tratado con la URSS. Para compensar, primero viajó a Estados Unidos para reunirse con el presidente Roosevelt, en un periplo en el que enfatizó que Checoslovaquia era un país occidental, y que no aceptaría un gobierno comunista; su alianza con la URSS era explicada en términos de proximidad geográfica (Lukes, 2012: 27).

En ese tiempo, Edvard Beneš comenzó a plantear la necesidad de deportar a los alemanes de Checoslovaquia. La resistencia checa del ÚVOD sostenía esta idea en términos tajantes, negándose a diferenciar entre los alemanes, considerándolos a todos colectivamente como culpables de la invasión. Esta posición se hizo más firme en las filas de la resistencia en el período en el que estuvo Reinhard Heydrich en Praga, ya que él intensificó la persecución de la lucha clandestina (Lukes, 2012: 28).

Beneš viajó a Moscú en noviembre de 1943 y se encontró con Stalin, en el Kremlin. En esa circunstancia, Stalin declaró que la Unión Soviética no habría de interferir en el desarrollo interno de Checoslovaquia y así se lo recomendó a Klement Gottwald, el líder del Partido Comunista checo, allí presente, quien se comprometió a cooperar. Con este tratado, la Unión Soviética y el Ejército Rojo comenzaron a ganarse la simpatía de muchos checos y eslovacos, que los veían como el país que tenía el poder

y la capacidad de enfrentar una eventual revancha alemana, y de sostener la independencia y soberanía de la Checoslovaquia renacida (Lukes, 2012: 29-30).

Edvard Beneš albergaba la ilusión, bastante fantástica, de que sería un puente de comunicación entre Occidente y la Unión Soviética al finalizar la guerra, por ser un país occidental en términos de su cultura y tradiciones democráticas, así como un país eslavo que podía entender al coloso ruso. Es evidente que Beneš se negaba a aceptar la lección de 1938, de que las grandes potencias –ahora con otros actores políticos, como Estados Unidos y la URSS– no precisan interlocutores menores que les sirvan de puente, salvo en circunstancias excepcionales próximas a la guerra, en las que ofician como meros mensajeros entre gigantes. Es muy probable que Beneš quisiera ocupar un rol de gran relevancia en la posguerra, sobre todo en el ámbito de la diplomacia internacional, que era el terreno en el que se sentía más cómodo.

Pero ya en 1945, Beneš comenzó a ceder ante las presiones soviéticas. En enero de ese año, cuando aún se seguía combatiendo y Adolf Hitler permanecía con vida y en el poder, Stalin presionó a Edvard Beneš para que desconociera al gobierno provisional polaco en Londres, al tiempo que le exigió reconocer al Comité establecido en Lublin, compuesto por comunistas. Y si bien, en un principio, intentó esquivar esta presión, terminó aceptando la imposición dictada por el Kremlin (Lukes, 2012: 32). En el terreno de lo simbólico, Beneš también cometió un error al decidir retornar a Praga vía Moscú: desde Londres, inició un largo periplo para llegar a la capital soviética y, desde allí, junto a las tropas del Ejército Rojo ingresó a Checoslovaquia. Viajó a la URSS acompañado por Jan Masaryk y diplomáticos soviéticos, no habiéndose permitido sumar a representantes de las naciones

occidentales. En Moscú, junto a miembros de su gabinete del exilio en Londres, negoció a la par con miembros del Partido Comunista checoslovaco la composición del gobierno de transición que habría de establecerse al arribar a Praga. En este nuevo esquema, y tal como ocurría con otros países de Europa central y oriental sobre los que avanzaba el Ejército Rojo, los miembros del PC ocuparían ministerios como Interior, Defensa, Agricultura y Comunicaciones, quedando Klement Gottwald en una posición de preeminencia sobre sus pares de los partidos democráticos. Además del Partido Comunista, se sumarían a la coalición el Partido Social-Nacional Checo (ČSNS, liderado por Beneš, y del que Milada Horáková era miembro desde 1929), el Partido Socialdemócrata y el Partido Popular (demócrata cristiano) (Lukes, 2012: 37). El presidente sería Edvard Beneš, en tanto el primer ministro Zdeněk Fierlinger, un socialdemócrata muy corrido a la izquierda en su partido, y que era funcional a los intereses del Kremlin. A fines de marzo de 1945, Edvard Beneš y su gabinete viajaron en un tren especial desde Moscú, llegando el 3 de abril a Košice, en donde tendrían su primer asiento en territorio checoslovaco. Fue allí donde el nuevo gobierno presentó los lineamientos generales del «Programa de Košice», que planteaba la nacionalización de la economía y la reforma agraria. Pero más allá de la apariencia de un retorno a la normalidad, lo cierto es que el presidente y su entorno estaban incomunicados respecto a los diplomáticos y gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido, aislados por decisión soviética (Lukes, 2012: 40). En las últimas semanas de la conflagración, Winston Churchill y Anthony Eden propusieron al presidente Harry Truman la liberación angloamericana de Praga, pero el mandatario estadounidense se atuvo a los compromisos ya contraídos con Stalin, de que la capital fuese liberada por las

tropas del Ejército Rojo. En opinión del Departamento de Estado, así como del general Patton, a escasos kilómetros de Praga, era una decisión equivocada, ya que consideraban a Checoslovaquia una pieza clave en el mapa europeo, y la llave para el centro del continente. No obstante estas deliberaciones, insurgentes checos combatieron contra los ocupantes alemanes, ya que mientras Berlín había caído, la SS seguía reteniendo Praga y los enfrentamientos duraron hasta el 8 de mayo de 1945. En esa fecha, Beneš se encontraba en Bratislava, aguardando el momento propicio para arribar a la capital de la República, llegando finalmente el 16 de mayo, siendo recibido por cientos de miles de personas en las calles. En ese vacío, el Ejército Rojo y el Partido Comunista checoslovaco ocuparon posiciones, estrechando las posibilidades de los demócratas.

Al retornar a su país y a su hogar, Milada Horáková fue consciente de la labor cívica que tenía por delante. Muchos miembros de la resistencia checa habían muerto en enfrentamientos o en prisión; Checoslovaquia recuperaba su independencia, y eso significaba un mayor compromiso de su parte. En este nuevo período que se abría, con Edvard Beneš repuesto en la primera magistratura de la República, la doctora Horáková pasará a tener un mayor protagonismo en la escena pública, una vez más como miembro del partido Social Nacional Checo (ČSNS).

En los campos de concentración nazis, habían muerto varias líderes del feminismo europeo del período de entreguerras, como la senadora Františka Plamínková (prisionera en Terezín), o las activistas húngaras Eugénie Miscolczy Weller y Melanie Vambéry (Offen: 369). Su mentora y amiga, la senadora Plamínková, murió en 1942 bajo el yugo nazi, de modo que fue Milada Horáková quien asumió el liderazgo del Concejo Nacional de Mujeres en la

posguerra, así como también fue vicepresidente de la Unión de Presos Políticos Liberados (*Svaz Osvobozených Politických Věznů*), cuyo propósito era recordar a los detenidos y caídos en los años del régimen invasor (Watkins: 54).

Por su compromiso activo en la resistencia checa ante el nazismo, por su participación en el Concejo Nacional de Mujeres y el partido ČSNS, por su rol reconocido como defensora de los derechos de la mujer, es que la doctora Milada Horáková formó parte del parlamento provisional que se conformó en la Checoslovaquia liberada tras la guerra, que legislaría hasta que se eligiera libremente un nuevo cuerpo deliberante, en 1946. En esos nuevos comicios, los últimos libres en los que sufragará la ciudadanía checoslovaca hasta 1990, Milada Horáková fue candidata, y fue electa para ocupar un escaño en la Asamblea Nacional Constituyente de la República Checoslovaca.

III. UNA VOZ FRENTE AL COMUNISMO:

Milada Horáková en la Segunda República

COMO PARLAMENTARIA, MILADA HORÁKOVÁ SE OCUPÓ DE LA política exterior de la República Checoslovaca, apoyando la postura del presidente Edvard Beneš de mantener una buena relación con la Unión Soviética, a la vez que con las naciones democráticas de Occidente.

En febrero de 1946, en las elecciones generales fue electa en primera vuelta, representando a České Budějovice. Pero el primer partido en votos, con el 38%, fue el Comunista (KSČ). Era tal el prestigio soviético como país libertador frente a la ocupación nazi, así como el discurso moderado que asumió esa formación política durante la campaña, que ese porcentaje significativo de la ciudadanía se volcó por ellos. El partido ČSNS, de Edvard Beneš y del que formaba parte Milada Horáková, fue el segundo partido más votado en Chequia, con el 24%, seguido por los socialdemócratas y el Partido Popular, de raigambre demócrata cristiana. En Eslovaquia, en cambio, los más votados fueron los candidatos del Partido Demócrata, en tanto que el Partido Comunista cosechó el 30%, segundo en la voluntad popular expresada en las urnas. Una vez más, quedaba claro que el mapa político checo era muy

diferente al eslovaco, tal como había ocurrido en tiempos de la Primera República. Todos los partidos políticos con representación parlamentaria formaban el Frente Nacional (*Národní Fronta*), una coalición de posguerra, y el primer ministro nombrado por el presidente, respetando los resultados, fue el comunista Klement Gottwald. Varios partidos políticos del período de la Primera República, como el Agrario, de carácter conservador, fueron excluidos de la participación electoral, al ser considerados como responsables del colapso de la independencia checoslovaca. Por consiguiente, los partidos que compitieron en esos comicios, eran los de izquierda o moderados de centro.

Cuando desde las filas del Partido Comunista comenzó una gran campaña de desprestigio de figuras políticas que actuaron en la Primera República o en el gobierno en el exilio en Londres, Milada Horáková expresó su rechazo a esa persecución. Los dardos apuntaron contra Ladislav Feierabend, un político conservador que había sido miembro del Partido Agrario y ministro de Agricultura, acusándolo de haber recibido grandes porciones de tierra de manos de Hans Frank, miembro de la SS. Lo cierto es que Feierabend había logrado huir al Reino Unido en enero de 1940, y se sumó al gobierno provisional checoslovaco. Feierabend demandó a los periódicos comunistas por difamación, y logró ganar la controversia en los tribunales (Lukes, 2012: 170). Milada Horáková, desde su escaño parlamentario, también lo defendió, comprendiendo que los ataques furibundos contra Feierabend eran parte de una estrategia mayor, que incluía la atracción del voto rural. La expulsión de los tres millones de alemanes de Checoslovaquia que Edvard Beneš rubricó con su decreto, significó el reparto de sus propiedades entre habitantes checos. Casas, comercios y propiedades agrícolas pasaban a manos de ciudadanos checos, y

esta redistribución se hacía desde el Ministerio de Agricultura, una cartera ocupada por un miembro del Partido Comunista. Esta reforma agraria sumaba muchos votantes al PC checoslovaco, así como consolidaba la idea de que sólo la Unión Soviética levantaría sus armas en defensa de este país centroeuropeo, en la eventualidad de una revancha germana. Unas 223.000 personas adquirieron el dominio de estas propiedades de este modo (Krejčí: 152). Tanto durante la campaña electoral como después, ya desde su banca, Horáková pronunció discursos en su distrito y en otras partes del país, y escribió artículos para publicaciones, en los que expuso con claridad su defensa de los valores democráticos de la Primera República.

El PC checoslovaco también atacó a Edvard Beneš por haberse exiliado en Londres durante la guerra, de modo de debilitar la imagen del presidente, así como intentar legitimar al exilio moscovita de Gottwald como la única alternativa válida de ese tiempo. A Beneš se lo describía como un burgués que había llevado una vida muelle en el exilio, rodeado de lujo y consideraciones, buscando desmerecer su labor diplomática en el campo de los Aliados. Horáková defendió al presidente, en un momento en el que los checos estaban revisando su historia más cercana, en particular el momento trágico del Pacto de Munich de 1938. Para algunos, ese Pacto, ominoso, salvó a Checoslovaquia de ser bombardeada durante la guerra. Para otros, la presencia de Beneš y su gobierno provisional en Londres, permitió establecer un puente hacia las naciones democráticas, así como a ayudar a articular la resistencia y mantener viva la aspiración de la liberación (Watkins: 59). La presencia de Milada Horáková como candidata del ČSNS era un elemento incómodo para esta narrativa del Partido Comunista, al haber sido ella miembro de la resistencia checa

durante la ocupación nazi, y por su participación en la causa feminista antes de 1938.

Después de la guerra y con el restablecimiento de Checoslovaquia, era natural que hubiera un gran deseo por sumarse a la vida política, y es por ello que se estima que un 40% de la población adulta se afilió a alguno de los partidos políticos (Rothschild: 91). Si bien no fue el más numeroso, el Partido Comunista sí fue el más disciplinado y organizado, con una gran presencia en el movimiento sindical y en varias organizaciones de productores rurales. Pero Stalin necesitaba cautela en los dos primeros años tras la conflagración. Winston Churchill, ya en su célebre discurso en marzo de 1946 en el Fulton College de Missouri, alertó sobre el levantamiento de una cortina de hierro dividiendo Europa en dos mitades. Pero aún existía la posibilidad de alguna forma de convivencia de los tres grandes vencedores de la segunda guerra mundial, y en ese contexto los partidos comunistas europeos todavía no debían acelerar la conquista del poder.

El activismo comunista también se desplegó en el interior del Concejo Nacional de Mujeres, y muchas de sus colegas presionaron a Horáková para que cambiara su posición crítica respecto al PC checoslovaco (Iggers: 296). Por sus conocimientos jurídicos y sus convicciones de reivindicación de los derechos de la mujer, impulsó legislación civil para modificar el cuerpo normativo que se había heredado del Imperio Austro-Húngaro relativo a la falta de igualdad con el hombre en el matrimonio. Por un lado, la Constitución checoslovaca de 1920 ya reconocía la igualdad de hombres y mujeres, y ella misma era una prueba inequívoca de esa situación con su actuación profesional y política, pero por el otro, seguía vigente la sujeción de la mujer respecto del marido para cuestiones patrimoniales y familiares. La paradoja es que

estos proyectos prosperarán cuando Milada Horáková ya no esté más en el parlamento checoslovaco, y que el régimen comunista los mostrará como logros propios (Jusová: 12).

Se transformó en una voz crítica hacia los «tribunales populares» que utilizaban los comunistas para perseguir a los opositores, ya que eran instrumentos de venganza, persecución, distorsión y manipulación política, pero no de justicia. La retórica de confrontación del Partido Comunista, fortalecido por su victoria electoral, iba creciendo y ante esto Milada Horáková se mantuvo firme, expresando la necesidad de mantener vínculos estrechos tanto con la URSS como con Occidente (Watkins: 55). Pero tras la conflagración europea, se generó una atmósfera favorable a la retórica paneslavista que utilizó el PC checoslovaco, mostrando a la Unión Soviética como la gran protectora frente al posible revanchismo germano, así como ante la influencia cultural de Occidente. El recuerdo del oprobio de Munich estaba muy presente, y tomaría muchos decenios en ser borrado. Muy pocos expresaban abiertamente su preocupación por tanta dependencia de la Unión Soviética frente a este posible renacer bélico alemán. El periodista Pavel Tigrid, por ejemplo, ya en 1946 advirtió sobre esta fuerte inclinación hacia la URSS en detrimento de las naciones occidentales en un artículo periodístico, algo que no sólo le valió la crítica acerba de Gottwald, sino la de su propio partido, el Popular (católico), con la consecuencia de ser removido de su función en el Ministerio de Relaciones Exteriores, no por el ministro Clementis (comunista), sino por el socialdemócrata Arnošt Heidrich, secretario general de la cancillería (Lukes, 2008: 11).

Y es que, en Europa oriental y central, los partidos comunistas desarrollaban la táctica del salami, de cortar rodaja por rodaja, limando a todas las fuerzas políticas que pudieran hacerle frente.

Es por ello que, con el control de la seguridad, los ejércitos y las comunicaciones, podían atacar a los políticos opositores, «denunciándolos» como agentes del nazismo y del fascismo, en un clima de histeria tal como había ocurrido en la Unión Soviética en los años 30, con las purgas del stalinismo. Este debilitamiento de las fuerzas democráticas estaba ocurriendo en Polonia, en particular contra el Partido de los Campesinos, liderado por Stanisław Mikołajczyk, contra el Partido de los Pequeños Propietarios, de Ferenc Nagy, en Hungría, o contra Nikola Petkov en Bulgaria (Rothschild: 117-119). Los discursos de Milada Horáková, en ese período de creciente tensión, iban cada vez más dirigidos hacia la política internacional, de modo de hacer referencia al contexto europeo en el que Checoslovaquia, como país ubicado en su centro, era vulnerable una vez más. De este modo, el PC checoslovaco montaba estos juicios para deshacerse de supuestos colaboracionistas con el régimen nazi, un poderoso instrumento de propaganda y de purga contra todas las expresiones que significaban un óbice para sus objetivos. Horáková fue alzando la voz contra estos atropellos ilegales, ya que los comunistas fabricaban documentación para expulsar o condenar a prisión a rivales políticos.

Horáková tuvo la oportunidad de visitar la Unión Soviética en el otoño boreal de 1947, llevándose una impresión negativa del país, en donde también observó la mala situación de las mujeres, y de que su estadía era manipulada por las autoridades (Iggers: 295). Llegó a la conclusión de que el gobierno comunista tendría consecuencias perjudiciales para Checoslovaquia, confirmando sus sospechas de tiempos de entreguerras. De allí que, entonces, también hiciera observaciones sobre la ausencia de mujeres en el gobierno checoslovaco, para remarcar que, más allá de la retórica desplegada por el PC como si fuese una vanguardia social y

política, se las seguía marginando en la política y la administración pública. En ese sentido, su artículo en el semanario *Vlasta* («Patria»), titulado «¿Realmente cogobernamos?» (*Spoluvládneme skutečně?*), era un poderoso llamado de atención, así como prosiguió con su labor en el Concejo Nacional de Mujeres, para que se reformara la legislación civil, heredada de principios del siglo XIX.

En 1947 se sumaba, además, la iniciativa del Plan Marshall, un gran plan de créditos que otorgaba el gobierno de Estados Unidos para ayudar a la reconstrucción europea, dirigida a varios países del continente, incluyendo a la Unión Soviética. Así como el presidente Harry Truman había manifestado, en su discurso de la Unión en marzo de ese año, su decisión de respaldar política y militarmente a los gobiernos de Grecia y Turquía frente a las guerrillas marxistas, también desplegó la herramienta económica para promover la rápida transformación del Viejo Continente, y evitar la tentación del socialismo real. La desolación de muchos países de Europa, con ciudades arrasadas, campos inutilizados, puentes y vías férreas destruidas, caminos bombardeados, cientos de campos de refugiados y millones de personas desplazadas, era un terreno fértil para la difusión de la propaganda del Partido Comunista.

Este plan fue propuesto, también, a los países que estaban cada vez más cercanos al campo socialista, como eran Polonia, Checoslovaquia y Hungría. En principio, el gobierno de coalición en Checoslovaquia, con el primer ministro Klement Gottwald a la cabeza, observó con interés la posibilidad de que ingresaran capitales estadounidenses para oxigenar la economía del país, pero fue por instrucciones expresas de Stalin que se rechazó el Plan Marshall en ese país centroeuropeo. Esto ponía en evidencia, una

vez más, la situación de extrema vulnerabilidad de ese gobierno, sujeto a las órdenes del Kremlin. Stalin convocó a Moscú a Gottwald y a Jan Masaryk, para indicarles que debían desechar la idea del Plan Marshall, en un modo que semejava una sujeción colonial. Las autoridades de Checoslovaquia aceptaron las órdenes del jerarca soviético, marcando un nuevo paso hacia el sometimiento (Rothschild: 93; Service: 336-337; Nálevka: 40-41).

El primer ministro Gottwald, sin que todavía el Partido Comunista se transformara en hegemónico, había logrado que los medios de comunicación se nacionalizaran, por lo que las expresiones opositoras ya casi no encontraban forma de hacerse oír. La retórica instalada desde las usinas gubernamentales, anticipando hacia dónde se pretendía dirigir al país, era la de culpabilizar al imperialismo, a la burguesía y a la lucha de clases como las causas de la guerra mundial, demonizando en su totalidad al mundo occidental, en tanto se ensalzaba en grado heroico a la Unión Soviética y, en particular, a Stalin. El creciente cercenamiento a los contactos culturales con Occidente, que alcanzaba a la próspera cinematografía estadounidense, buscaba cortar con esos lazos de una nación que tenía siglos de cultura cosmopolita, para enfatizar en el carácter eslavo de Checoslovaquia. Era una mixtura de nacionalismo y de imitación al realismo socialista de la cultura soviética, pero que en 1946 y 1947 avanzaba sin llegar a la censura completa. Se buscaba que las voces se acoplaran a la visión del PC, desplazando a la periferia a quienes no se plegaban. El Ministerio de Información, en manos del PC, tenía el control sobre los medios masivos de comunicación, así como de la distribución del papel. De este modo, se presionaba desde arriba para homogeneizar en torno a una visión unánime al periodismo y a la opinión pública. Se preparaba, pues, el terreno para las elecciones

generales de 1948, en las cuales habría de definirse el porvenir inmediato de Checoslovaquia como un país libre y democrático, o si iba a transformarse en un satélite totalitario de la URSS.

Como parte del clima de campaña, el PC checoslovaco comenzó a circular la versión de que, mientras el Ejército Rojo avanzaba hacia la liberación de Praga, las tropas estadounidenses se habían detenido en Plzeň, entretenidas jugando beisbol, dejando la capital en manos de la SS. En el cuerpo diplomático estadounidense acreditado en Checoslovaquia, se evaluó la posibilidad de dar a conocer la documentación clasificada, en la cual estaba el pedido explícito de las autoridades soviéticas de que las tropas de Estados Unidos detuvieran su avance hacia Praga (Lukes, 2012: 184). Se iba imponiendo, rápidamente, la narrativa soviética que presentaba al Ejército Rojo como el gran libertador de Europa oriental, en detrimento de los ejércitos occidentales.

Esta confrontación no era un juego libre y limpio entre fuerzas democráticas por la alternancia, sino que el Partido Comunista buscaba monopolizar al sistema y transformar al Estado en un mero instrumento de dominación sobre el resto de la sociedad. El margen de libertad se estrechaba, las presiones sobre los partidos democráticos se intensificaban, y a Milada Horáková se le propuso incorporarse al PC. Su figura como política y feminista descollaba, era activa y carismática, inteligente y gran comunicadora, por eso era una personalidad que deseaban sumar.

El Partido Social-Nacional Checo propuso, a comienzos de 1948, celebrar comicios anticipados para buscar una salida constitucional a la crisis política. El liderazgo del Partido Comunista, por su lado, tenía plena conciencia de que difícilmente se repetiría el resultado de 1946, cuando obtuvo el 38% a nivel nacional; las

perspectivas mostraban, por el contrario, que reduciría su caudal al 28%, a pesar de la propaganda y del control de la seguridad y de los medios de comunicación (Lukes, 2012: 189). Por ello, el PC propuso que en los comicios generales de 1948, los partidos del Frente Nacional (*Národní Fronta*, la coalición gubernamental), fueran en una lista única, lo que provocó el rechazo de las fuerzas democráticas. Todavía era fuerte el sentimiento democrático en la ciudadanía checoslovaca, aún permanecía el recuerdo de la Primera República y su clima de libertad. Para los líderes demócratas, había fuertes señales de que el PC tomaría el poder en un golpe de Estado, y anhelaban evitar esa ruptura del sistema constitucional. Es que esa era, precisamente, la orden emanada desde el Kremlin a los partidos comunistas: en la reunión fundacional del Kominform en septiembre de 1947 en el municipio de Szklarska Poręba, en Polonia, los dirigentes de los PC de Europa oriental recibieron instrucciones de tomar el poder, y se recriminó especialmente a los checoslovacos por su lentitud (Rothschild: 93).

En febrero de 1948, las milicias populares y las células del PC estaban tomando las calles, plazas y oficinas públicas, presionando por la mayor radicalización del gobierno. Los ministros demócratas del gabinete, a propuesta del ministro de Justicia Prokop Drtina exigieron al ministro del Interior Václav Nosek que terminara con la purga contra los agentes no comunistas en las fuerzas de seguridad. En la reunión de gabinete del 17 de febrero, estando ausente el ministro Nosek, los ministros demócratas exigieron que se informara sobre la remoción de los funcionarios no comunistas del Ministerio, pero Gottwald y los otros ministros del PC se negaron a tratar la cuestión. La discusión cobró intensidad e incluso los comunistas atacaron físicamente a Petr Zenkl (ČSNS), el viceprimer ministro (Lukes, 2012: 191). La ironía política es que

Nosek, que pasó los años del exilio durante la guerra en Londres, a diferencia de sus camaradas del Partido Comunista que lo hicieron en la URSS, era considerado por los partidos democráticos como un hombre confiable... Ante la negativa del ministro Nosek, el 20 de febrero de 1948 los miembros del gabinete de los partidos Social-Nacional, Popular y Demócrata eslovaco presentaron sus renunciaciones. Los líderes de los partidos democráticos cometieron un grave error, al suponer que el Partido Comunista actuaría de acuerdo a las reglas de la democracia parlamentaria. Erróneamente, supusieron que esto llevaría a la renuncia de Klement Gottwald y la formación de un nuevo gabinete. En el momento decisivo, los socialdemócratas no acompañaron esta jugada, ni tampoco el ministro Jan Masaryk. Ante esta situación crítica, el embajador Steinhardt inició su viaje de regreso a Praga, y simultáneamente arribó el ex embajador soviético Valerian Zorin, que se reunió brevemente con Gottwald.

El sábado 21 de febrero, el PC organizó una gran manifestación en Staroměstské náměstí (la plaza de la Ciudad Vieja), en el centro de Praga, en la que Gottwald llamó a los comunistas a tomar acciones frente a los «reaccionarios» y formar comités de acción. Las milicias populares realizaban reuniones y se movilizaban por las calles; esa misma noche, los miembros del ČSNS tuvieron un elegante baile anual, en la Sala Smetana de la Casa Municipal (*Obecní Dům*). Allí estuvo Milada Horáková, como tantos otros miembros destacados del partido y, en un diálogo con el diputado Vladimír Kabeš le afirmó que no había nada de qué preocuparse por la crisis gubernamental, y que todo estaba bajo control (Lukes, 2012: 195). ¿Exceso de confianza o un intento por simular tranquilidad? Varios líderes del partido, al día siguiente, viajaron a un torneo de esquí para disfrutar del domingo. El PC,

en cambio, aprovechó cada una de estas circunstancias e inacciones del sector demócrata, para avanzar en la toma del poder. Ese domingo hubo una reunión de miles de delegados sindicales comunistas, lo que subía la temperatura política en la capital. El PC tenía la ventaja de contar con los organismos de seguridad, en tanto que los líderes de las fuerzas democráticas actuaban como si vivieran en una república parlamentaria en la que todos los actores respetaban las reglas del Estado de Derecho. A partir del lunes 23, las milicias populares desfilaron por las calles de Praga, armadas, como si fueran filas de un ejército de ocupación. Los comités de acción, a los que Klement Gottwald convocó en el acto del sábado 21, tomaron edificios públicos y fábricas.

El presidente Beneš ya no tenía la salud ni la fuerza física para afrontar esta crisis —falleció en septiembre de ese año—, y el 25 de febrero aceptó las renunciaciones de los ministros. El Partido Comunista aprovechó este vacío para instalar a sus propios miembros en los lugares vacantes, así como a ministros títeres de las otras fuerzas, con lo que mantuvo la fachada de la coalición del Frente Nacional. Con la ocupación de las oficinas públicas, lugares de trabajo y las calles, apoyando la toma completa del poder por parte de Gottwald, el clima revolucionario anticipaba la dinámica totalitaria del régimen. En la tarde del 25 de febrero, ante una multitud convocada por el PC, Gottwald anunció que el presidente Beneš había aceptado las renunciaciones de los ministros «reaccionarios», y esas vacantes fueron ocupadas por propios y compañeros de ruta. Las milicias populares y los organismos de inteligencia tomaron las sedes de los partidos democráticos, y afirmaron que pudieron impedir un golpe de Estado derechista (Lukes, 2012: 197).

El ministro de Relaciones Exteriores, Jan Masaryk, prosiguió en su función al no haberse sumado a la fallida jugada de

la oposición democrática. No obstante, dos semanas después fue hallado muerto en el patio del ministerio, en una escenificación de suicidio que despertó el horror de muchos ciudadanos. Milada Horáková, tras esto, renunció a su escaño.

Comenzó aceleradamente la implantación del socialismo real, siguiendo el modelo soviético: nacionalización de las empresas que todavía permanecían en manos privadas, expulsión de los opositores de las universidades y de la función pública, cierre de las publicaciones independientes y opositoras, la fusión del Partido Socialdemócrata al Partido Comunista. Las fronteras se cerraron, excepto para aquellos que tenían pasaportes diplomáticos. Las pocas organizaciones que aún quedaban de la sociedad civil, se transformaban en instrumentos dóciles del sistema de Partido-Estado que se estaba imponiendo. Milada Horáková fue expulsada del Concejo Nacional de Mujeres y su correspondencia confiscada, así como se la apartó de varias entidades de las que había formado parte. El presidente Beneš, ya muy enfermo, se retiró a su casa en Sezimovo Ústí, renunció en junio y falleció en septiembre de 1948, siendo reemplazado en la primera magistratura por Klement Gottwald.

Tal como estaba aconteciendo en otros países de Europa central y oriental, se estableció la ficción de la «democracia popular», en la que el Partido Comunista era supuestamente acompañado en la construcción del socialismo por partidos burgueses «progresistas», aunque el PC era la «vanguardia del proletariado». Para muchos ingenuos, seguía siendo una «democracia», ya que había varios partidos, aunque fueran en una lista única a los comicios. La participación de la Unión Soviética, a partir de junio de 1941, de la guerra contra el Eje nazi-fascista, le otorgó la carta de «democrático» a este régimen totalitario, en una acrobacia semántica

de propaganda y distorsión de la realidad. En 1948 era claro que la cortina de hierro se estaba corriendo en el Viejo Continente, y se implantaba un sistema que aspiraba a una ingeniería social de control total de la población, como lo habían anticipado autores tan disímiles como lúcidos, como George Orwell, Friedrich A. Hayek y Karl Popper, entre otros. Las cárceles comenzaron a llenarse de figuras opositoras, acusados de haber cometido «crímenes» políticos. El secretario general del Partido Comunista, Rudolf Slánský, en septiembre de 1948, expresó que debían crearse campos de trabajo para enviar allí a los enemigos de clase, ya que su reeducación no era suficiente (Lukes, 2008: 13).

En contraste con la injerencia soviética, el cuerpo diplomático de Estados Unidos, en su gran residencia en el Palacio Schönborn, era de una composición muy amateur. El embajador Steinhardt pasaba largas temporadas en Estados Unidos, dejando el funcionamiento de la embajada en manos de sus subalternos quienes, por otro lado, no habían recibido ningún tipo de capacitación específica para estar en Checoslovaquia. Cada uno de los que arribaba, debía aprender por sí solo sobre la historia, la cultura y la lengua, por lo que el país les resultaba completamente extraño (Lukes, 2012: 187-188).

En esta situación de cercenamiento de las libertades, Milada Horáková mantuvo el contacto secreto con otros líderes del ČSNS, así como de los otros partidos democráticos, en una red clandestina que ayudaba a los perseguidos a refugiarse o huir hacia Alemania. Ironía de la historia europea, en la que ahora la nación germana se convertía en el camino para escaparse de la opresión de otro coloso totalitario.

A pesar de las recomendaciones de sus amigos y personas cercanas, Milada Horáková descartó toda posibilidad de emigrar para salvar su vida, ya que era claro que se había transformado en un objetivo incómodo para el régimen comunista que se estaba implantando rápidamente. Muchos políticos demócratas se estaban exiliando en los países de Occidente, desde donde continuaron bregando por la libertad de Checoslovaquia durante decenios. Pero la respuesta de Horáková fue que su lugar estaba en su casa: su familia y su patria. Y aun cuando fue descubriendo que era expulsada de tantas organizaciones de la sociedad civil de las que ella formó parte y ayudó a desarrollar, se mantuvo convencida de que era posible retornar al sistema democrático y parlamentario (Watkins: 67; Iggers: 297). Pero Checoslovaquia se deslizaba rápidamente a convertirse, una vez más, en otro laboratorio de ingeniería social, esta vez con signo del socialismo real.

La radio, el gran medio de comunicación masiva de la época, estaba en manos del Partido Comunista desde 1945, a través del Ministerio de Información, y propalaba propaganda prosoviética; los teatros, que tanto vigor tuvieron durante siglos como expresión literaria y artística checa, se vieron severamente censurados. Cada vez más limitada y vigilada, Milada Horáková mantuvo correspondencia con sus compatriotas emigrados a Noruega, Estados Unidos y Gran Bretaña, así como preservó los lazos con los antiguos líderes y ex ministros de su partido político, a fin de crear esa red de contención y acción en la clandestinidad. Mantenía el intercambio epistolar con Petr Zenkl, miembro del ČSNS y ex alcalde de Praga antes de la segunda guerra mundial. Zenkl escapó de Checoslovaquia en 1948, adelantándose a su detención inminente por parte del régimen comunista. Él ya había estado como prisionero en los campos de Dachau y Buchenwald, en

Alemania, y pudo advertir que rápidamente la situación política estaba desembocando en la instalación de un nuevo sistema totalitario, de signo diferente. Inmediatamente tras el golpe de febrero de 1948, fue puesto bajo arresto domiciliario. Desde la Embajada de Estados Unidos en Praga, se organizó el operativo para sacarlo de Checoslovaquia a través de la frontera con Alemania, y para ello también se aseguró asilo político a los guardianes que lo vigilaban, con sus respectivas familias (Lukes, 2012: 210-211).

En el exilio, varios políticos checos y eslovacos que habían logrado huir, y tras varios meses de negociaciones entre ellos en Washington DC, Londres y París, lograron conformar el Consejo de la Checoslovaquia Libre en la capital de los Estados Unidos, un año después del golpe de Estado comunista. La declaración fue redactada por el periodista Ferdinand Peroutka, una de las plumas más destacadas de la Primera República en el diario *Lidové Noviny* y en el semanario *Přítomnost* (Presencia). El documento llamaba a los ciudadanos de Checoslovaquia, en uno de sus párrafos, a que:

«No se permitan ser engañados, a tal punto de no poder reconocer qué es la libertad y qué es la tiranía, qué está bien y qué está mal. En su pensamiento, sean hombres libres. Eduquen a sus hijos para ser ciudadanos honestos. Enséñenles, y ustedes nunca olviden, a distinguir entre el bien y el mal. Si el carácter de la nación es preservado, todo lo demás podrá ser restaurado».

Allí se agruparon dirigentes del ČSNS, de la socialdemocracia, del Partido Demócrata eslovaco y del Partido Popular, así como de las formaciones que habían quedado fuera del Frente Nacional de la posguerra, como los partidos Agrario, el conservador Demócrata Nacional y el de los Pequeños Propietarios (Kádár

Lynn: 73-75). Muchos especulaban con un inminente conflicto bélico entre la URSS y el bloque occidental, por lo que suponían que volverían a su patria luego de la tercera conflagración planetaria. Lejos de ser algo descabellado, los dos bloques estaban enfrentados por el bloqueo de Berlín occidental desde junio de 1948, ya que esa parte de la antigua capital alemana sólo recibía víveres, ropa y herramientas gracias al puente aéreo establecido por las fuerzas aéreas de los Estados Unidos y el Reino Unido (Nálevka: 73-75; Zubok: 129-131). La tensión entre la alianza occidental y los soviéticos era alta, ya la guerra fría se hacía sentir con intensidad en Europa, y en 1950 también se desarrollaría en Asia Oriental, con la Guerra de Corea.

El presidente del Concejo de Checoslovaquia Libre era presidido por Petr Zenkl, y los vicepresidentes eran un checo y un eslovaco, en un presídium de doce miembros, y un comité ejecutivo de treinta. La red de conexiones políticas que pudo desarrollarse en Checoslovaquia, pues, buscaba articularse con este Concejo en el exilio, así como le informaba de los acontecimientos internos. La vinculación de Milada Horáková con Petr Zenkl ya desde los tiempos de la Primera República era muy valiosa para ambos.

En esa atmósfera de creciente opresión, la Seguridad del Estado (StB, *Státní Bezpečnost*) comenzó a detener a los opositores, sembrando el terror a nivel general. La NKVD soviética ayudó a entrenar a los agentes de la StB, ahora completamente al servicio del Partido Comunista, tal como lo habían temido los ministros de los partidos democráticos, antes de la toma del poder de febrero de 1948. Tras la toma del poder, el PC acrecentó el número de miembros de la StB, incorporando jóvenes del partido, así como de las milicias populares. Inició rápidamente la purga de los agentes que provenían de sectores no comunistas, aun cuando muchos

de ellos se adhirieron al Partido Comunista. El reclutamiento de jóvenes a la Seguridad del Estado se enfocaba, con especial énfasis, en aquellos que provenían de familias de orígenes proletarios. En esos años ingresaron miembros sin experiencia en el área, a los que se les brindaba cursos rápidos (Kaplan, 1999: 10). Será en los años 50, ya más consolidado el régimen y con la intervención de la URSS con el asesoramiento de Lijachov, que la especialización y la instrucción mejoren, ya que los cuadros superiores se formaban en la Unión Soviética. Señala Karel Kaplan que en diciembre de 1947 trabajaban unas 2793 personas; en tanto que en febrero aumentó a 4351, y en junio de 1950 alcanzó a 5708. A fines de 1951, el número trepó a 8621, poniendo en evidencia el creciente grado de opresión y control sobre la población de Checoslovaquia (Kaplan, 1999: 11). Un rol fundamental en la formación de la StB tuvieron los asesores soviéticos, que ya habían instruido a los servicios en Bulgaria, Polonia y Yugoslavia en la «lucha contra los enemigos». Entrenaron a sus pares checos y eslovacos en la utilización de interrogatorios ininterrumpidos, en la noche, el uso de la presión psicológica con la falta de sueño de los detenidos, o las amenazas a los familiares (Kaplan, 1999: 25). La subordinación de la StB a su par soviético era completa, se enviaban los datos importantes y los protocolos traducidos en ruso a la central en Moscú, desde donde devolvían «consejos» y recomendaciones, tal como ocurría en los otros países satélites de Europa oriental.

El 3 de septiembre de 1949, Mátyás Rákosi, secretario general del Partido en Hungría, envió una carta a Gottwald en la que le proponía que Checoslovaquia se sumara a los otros países socialistas a identificar a los espías infiltrados en las filas de los partidos comunistas, tal como se le había indicado desde el Kremlin. Era la señal, indirecta, de que debía comenzar un proceso intenso de

purgas. En 1948, el «campo socialista» había tenido su primera ruptura con la expulsión del PC yugoslavo del Kominform, acusado el régimen de Tito de tener desviaciones nacionalistas. Semanas después del mensaje de Rákosi, Gottwald envió un telegrama a Moscú en el que solicitaba al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética que enviara algunos especialistas a Praga, que estuviesen familiarizados con el caso de Rajk en Hungría. La respuesta afirmativa fue rápida: en octubre de 1949, llegaron a Praga dos asesores soviéticos que ya habían actuado en Budapest, en el montaje del proceso a Laszlo Rajk, que eran Lijachov y Makarov. Al arribar estos dos asesores de inteligencia, Klement Gottwald y Rudolf Slánský supusieron que orientarían la purga hacia dentro del Partido pero, sin embargo, fueron los mentores de la detención y montaje del juicio a Milada Horáková y otros miembros de las fuerzas de la oposición democrática al régimen totalitario (Kaplan, 1999: 28). Ambos eran, además, de una fuerte tendencia antisemita, tal como estaba ocurriendo en la URSS en la posguerra, y que tiñó fuertemente los últimos años de Stalin en el poder hasta su muerte. Identificaban al trotskismo con el judaísmo, y sentían un fuerte rechazo hacia los valores de la democracia y los derechos humanos (Kaplan, 1999: 32). El arribo de estos agentes soviéticos despertó una carrera de adulación hacia ellos de los elementos locales, que entraron en una feroz competencia por ganarse su aprobación, alimentando las sospechas y suspicacias de los compañeros de la StB. Esto significó, además, que muchos agentes proveyeron de información a los asesores soviéticos, salteando a los funcionarios de más alto rango, incluyendo al ministro. Por otro lado, Makarov y Lijachov habían considerado acusar a los ministros Václav Nosek y Vladimir Clementis –a cargo de Relaciones Exteriores– como las versiones

locales de Laszlo Rajk y, por consiguiente, blanco de una purga interna, con acusaciones de conspiración contra el régimen y de colaboración con el «imperialismo» (Kaplan, 1999: 33). De allí, pues, que al ministro Nosek se le quitara la Seguridad del Estado de la órbita del Ministerio del Interior, para crear una nueva cartera, la del Ministerio de Seguridad Interior, en mayo de 1950. El hecho de haber sido un miembro del Partido Comunista que se exilió en el Reino Unido durante la guerra, y que hubiera tenido una buena relación con los políticos demócratas allí instalados, era motivo suficiente para tejer una causa contra él, por lo que su margen era estrecho y no podía enfrentarse a los asesores soviéticos, que fácilmente fabricarían las «evidencias» para un juicio espectacular, del que no saldría con vida. Una de las primeras víctimas de esta campaña de persecución contra figuras de la oposición que hubieran podido formar una red de resistencia interna, fue el general Heliodor Píka, quien había combatido junto a los Aliados durante la segunda guerra mundial y que tenía una gran autoridad moral en el Ejército. Este era, precisamente, el motivo para declararlo «espía», y entre los elementos de la acusación figuraba su vinculación con los británicos durante la conflagración mundial. Se iba desarticulando, poco a poco, toda posibilidad de que las fuerzas opositoras pudieran organizarse y tener líderes prestigiosos y conocidos (Watkins: 34).

A principios de septiembre de 1949, tras una reunión que Milada Horáková tuvo con otros políticos opositores en Vinoř, en las afueras de Praga, su marido le propuso que se exiliaran. En esos encuentros, evaluaban la situación política, intercambiaban opiniones, información y pareceres, así como buscaban coordinar acciones de los partidos, en una situación de clandestinidad. Como todas las reuniones, estuvo bajo la vigilancia de la StB, y muy

probablemente Bohuslav Horák recibió algún tipo de información de que su mujer estaba siendo observada en sus movimientos, por lo que sospechó que podría ser detenida e interrogada. No obstante, Milada se mantuvo cauta y confiada en que hacía lo correcto al permanecer en Checoslovaquia (Iggers: 298). Pero en la tarde del 27 de septiembre, dos policías se presentaron en la casa de Milada Horáková. Ella no estaba, pero sí su marido, su hija Jana y el ama de llaves, a quien llamaban Maruška y consideraban como un miembro más de la familia. En un momento de distracción de los agentes, Bohuslav Horák logró escapar por el jardín de la casa e intentó advertir a su mujer para que no retornara, pero fue tarde: Milada Horáková era detenida en su oficina. Bohuslav Horák logró mantenerse oculto por un tiempo, hasta que logró cruzar la frontera con la República Federal Alemana en diciembre de ese año. Su hija Jana quedó a cargo de su tía materna, y se reencontró con su padre en los años sesenta.

Días antes del juicio, el 23 de mayo de 1950, se creó el Ministerio de Seguridad Interior, con Ladislav Kopřiva, en tanto Nosek siguió como ministro del Interior, con otras funciones a su cargo (Kaplan, 1999: 13).

Milada, una de las políticas opositoras más renombradas y prestigiosas de la segunda república, fue trasladada a la prisión de Pankrác, en Praga, en donde ya había estado detenida por los nazis en 1940 (Baer: 122).

IV. *El juicio contra* **MILADA HORÁKOVÁ**

A LOS OPOSITORES APRESADOS EN EL CENTRO DE DETENCIÓN DE Pankrác buscaban quebrantar su moral y carácter, sometidos a largos interrogatorios sin descanso, en cualquier momento del día o de la noche. Horas y horas ininterrumpidas de preguntas y repreguntas, muchas veces sin poder dormir, expuestos a amenazas directas e indirectas sobre sus vidas y las de sus familiares. Así es como tejían los interrogadores una narrativa en la que pretendían exponer un supuesto entramado de espías al servicio de los países occidentales democráticos, del nazismo y del fascismo, del trotskismo, del titoísmo y, luego, del sionismo. Todo resultaba útil para amedrentar, destruir la personalidad, distorsionar y desfigurar un pasado hasta volverlo irreconocible. Y luego, tras este tiempo de sometimiento humillante y constante, se les enseñaba una declaración inculpatória, que debían repetir hasta el hartazgo, para llegar a creerla y recitarla frente a los tribunales.

El papel de la StB no se limitaba, entonces, a la «investigación», sino también al armado de la causa contra los acusados, en la selección de los testigos e incluso de los fiscales y miembros del tribunal (Kaplan, 1999: 167). Preparaba los testimonios que

repetirían los testigos y acusados, una labor de dramaturgia para ser ensayada y expuesta como un espectáculo. Esto significaba un enorme poder dentro del Estado y del Partido, en manos de personas que, en su mayoría, eran completamente nuevas en el área de la seguridad y de la justicia, y que se reclutaban por su adhesión al Partido.

Los juicios masivos y espectaculares ya habían sido escenificados en la Unión Soviética en el apogeo de la persecución stalinista de los años treinta. Tras la segunda guerra mundial y la liberación de Europa central y oriental, la conformación de un bloque de países satélites al gigante soviético significó la adopción no sólo del modelo socialista real, sino también la llegada de la NKVD y la subordinación de los organismos de inteligencia y seguridad de cada país a los dictados de Moscú. Años de experiencia acumulada en utilizar la coerción sobre las víctimas, ahora era empleada en los países tras la cortina de hierro, con el rigor stalinista perfeccionado.

Estos juicios eran un mecanismo para sembrar el terror, para disciplinar a las sociedades, para romper todas las lealtades pre-existentes. Se esfumaban los antiguos nexos y la seguridad personal, puesto que cualquiera podía ser acusado, humillado y ejecutado. Se transformaba en un gigantesco acto de destrucción de las individualidades, en una atmósfera de histeria y sobreactuación para mostrar una lealtad inquebrantable al nuevo régimen socialista. Por consiguiente, se buscaba la participación masiva en las demostraciones contra los acusados, y los antiguos ciudadanos de la democracia checoslovaca se transformaban en verdugos que reclamaban la pena de muerte contra los «enemigos» en actos multitudinarios en las calles, las fábricas y las escuelas. Apartarse de este nuevo código, significaba ser cómplice de los acusados, era

sumarse a la fila de los condenados, ya que no había espacio para la indiferencia, el pensamiento crítico o el más leve cuestionamiento a los procesos en marcha. Este mecanismo es el que se puso en marcha contra Milada Horáková y otros doce acusados, y que ocupó la primera plana de los medios masivos de comunicación durante diez días, en 1950. Karel Kaplan señala tres categorías de juicios, a saber: a) los de relevancia local o regional, contra personas o grupos con influencia en su área específica, y esos procesos se celebraban en los ámbitos regionales; b) los de importancia nacional, sea en Chequia o Eslovaquia, buscaba propagar el miedo entre esas poblaciones y c) los procesos de mayor trascendencia, los juicios-espectáculo, en los que se desplegaba todo el poder de movilización y propaganda del Partido, a través de sus centros regionales, de los medios y del Estado (Kaplan, 1999: 168).

En el documento elaborado por la StB sobre las «actividades ilegales» de Milada Horáková, y que sirvió como primer informe para los interrogatorios y el armado de la causa en su contra, se relató su actuación en la resistencia contra la ocupación alemana en 1939-1940, su tiempo en la prisión hasta 1945, y su participación en el Consejo Nacional de Mujeres. Subraya la ayuda que brindó a muchos perseguidos en tiempos del «protectorado» y cómo trabajó, en esa red clandestina de resistencia, junto a otros héroes nacionales. Esto era, precisamente, lo que más preocupaba al régimen: fue una figura activa frente a la ocupación nazi y, por ello, con una estatura moral y patriótica que sobrepasaba por lejos a la del liderazgo del Partido Comunista checoslovaco, que vivió durante la guerra en la Unión Soviética. El documento de la StB tenía un listado de los testigos del accionar de Milada Horáková en la resistencia checa, entre los que figuraban Františka Taufferová, František Kostiuk, Jan Černoš y Zdeněk Peška, personas

que también fueron detenidas tras el golpe de Estado comunista de 1948 (Watkins: 73). Claramente, en lo que se relataba en el documento no había ningún crimen, sino todo lo contrario: era un resumen de aquello que el régimen comunista sentía como fortalezas del espacio opositor y que precisaba acallar y demoler, para poder crear una propia narrativa histórica que lo legitimara. El peso del pretérito democrático reciente, y del recuerdo de los tiempos de la ocupación, debían ser reinterpretados a la luz de la visión marxista-leninista de la historia, así como de crear un relato heroico del Partido Comunista durante la guerra, sin compañeros de ruta en la resistencia contra el nazismo. Señala Karel Kaplan (Kaplan, 2001: 165) que la preparación del proceso tomó un año, y que su denominación cambió de nombre varias veces: Acción Skaut, luego Acción N, Acción Střed, finalmente fue «Milada Horáková y compañía».

El arresto de Milada detuvo a la resistencia contra el régimen comunista, ya que era un símbolo de la Primera República. Edvard Beneš había fallecido en 1948, y los principales líderes demócratas se habían exiliado en Occidente. Horáková, en cambio, había permanecido activa y celebraba reuniones secretas con miembros de los partidos de orientación democrática para evaluar la situación política checoslovaca, así como para debatir sobre el creciente conflicto del bloque soviético con las naciones occidentales. Para el régimen comunista, todo esto era considerado una «actividad ilegal», así como el hecho de que se mantuviera comunicada con los políticos en el exilio. «Espionaje» era la simple relación epistolar con los exiliados, aunque ello de ningún modo afectara la seguridad ni la integridad de Checoslovaquia, ni revelara secretos de Estado. Milada era, como abogada y doctora en Jurisprudencia, observada como una líder natural con capacidad

intelectual, que podía argumentar contra los atropellos del régimen, y que era admirada por una gran cantidad de mujeres desde tiempos de la Primera República. Como era de edad mediana, no provocaría el sentimiento de misericordia y simpatía que una mujer septuagenaria, ni de una joven veinteañera (Baer: 112-113).

En la celda nº 145, que ocupaba Milada Horáková, la StB colocó micrófonos ocultos, así como también tuvo falsas compañeras que eran agentes o informantes del organismo de seguridad. Procuraban ganarse su confianza y, de ese modo, obtener «confesiones» de los supuestos crímenes que había cometido como conspiradora contra el régimen. Lo cierto es que Horáková no había cometido crimen alguno, así como ya en su largo período de detención en las mazmorras de los campos de concentración nazis, había forjado un gran temple frente a las adversidades (Watkins: 78).

Sobrellevó con estoicismo la detención y las torturas que padeció en esos meses, y nunca se quebró en los interrogatorios. Mientras tanto, la StB fue elaborando el argumento que se esgrimiría ante el tribunal, de que había conspirado, junto a otros doce detenidos, para derrocar al régimen socialista en complicidad con el imperialismo de los Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, y restablecer el sistema capitalista y burgués en Checoslovaquia, tras la tercera guerra mundial. Se le llegó a ofrecer clemencia si afirmaba todo esto, con una confesión falsa que sirviera de propaganda para el Partido Comunista, pero se negó (Watkins: 78). Otros detenidos, sí, accedieron a «confesar» el relato prefabricado por la StB, con la esperanza de que se les redujera el castigo, así como de que sus familiares no sufrirían ningún tipo de consecuencia negativa. Uno de ellos fue František Přeučil, quien muchos años después reconoció no haber soportado más

los interrogatorios y las torturas, y que estuvo dispuesto a firmar cualquier documento para terminar con tanto dolor: su mujer debió abandonar en apenas 24 horas la vivienda familiar con sus hijos a quienes, además, se les prohibió acceder a la educación universitaria.

Para montar una gran campaña contra ella, se utilizaron los medios de prensa y radio, coordinados por Gustav Bareš y Marie Švermová, del Ministerio de Información y que para esto recibían instrucciones precisas de Rudolf Slánský. Se publicaron, en dieciocho diarios, sus «actividades criminales», a fin de preparar a una opinión pública que ya no tenía otros mecanismos para informarse y tener juicio crítico.

A Milada, tras siete meses de detención, se le entregó un documento con su «confesión», el que debía memorizar y recitar ante el tribunal. Se afirma que esas líneas fueron especialmente supervisadas por Klement Gottwald y su cuerpo de asesores. Se trataba del primer juicio a una figura pública tan destacada, por lo que cada detalle debía servir como propaganda del régimen, así como una señal de lealtad hacia la Unión Soviética. Es por ello que Gottwald evitó que el juicio fuera transmitido en la radio, ya que sabían que Horáková se apartaría levemente de lo escrito en la falsa confesión, o le daría una entonación que disgustaba a sus interrogadores (Watkins: 82). Mientras tanto, hasta el momento del espectáculo del juicio, se iba preparando a la población checa y eslovaca a través de los medios de prensa, monopolizados por el Partido Comunista a través del Ministerio de Información. Se buscaba despertar una ola de indignación y odio hacia el grupo de detenidos, especialmente hacia Milada, que era señalada como la cabeza de la conspiración. Los otros acusados eran Závěš Kalandra (trotskista), Jan Buchal (ČSNS), Oldřich Pecl (ČSNS), Josef

Nestaval (ČSNS), Jiří Hejda (ČSNS), Františka Zemínová (ČSNS), František Přeučil (ČSNS), Antonie Kleinerová (ČSNS), Zdeněk Peška (socialdemócrata), Vojtěch Dundr (socialdemócrata), Bedřich Hostička (Partido Popular) e Jiří Křížek (Partido Popular). En ese tiempo se habían reformado los códigos, por lo que se le aplicaban las nuevas normas penales del sistema comunista, vulnerando el principio de la irretroactividad de la ley penal. Milada estuvo confinada sin posibilidad de reunirse con sus familiares, a pesar de las peticiones, ni de tener correspondencia con su hija Jana (Watkins: 84).

El Partido Comunista, a través de Bareš y Švermová, emitió instrucciones precisas a sus filiales regionales de que debían organizar la repercusión del proceso a nivel local (Kourová: 62). El objetivo, tal como subrayaban en las instrucciones secretas, era transmitir una «lección al pueblo trabajador e incitarnos a la vigilancia». Debían leerse los diarios y periódicos en todo el país, replicando las noticias del proceso en grandes placas y afiches que se colocaban en lugares visibles de las ciudades y los pueblos, así como transmitir reportajes en las radios, para ser escuchados en los cafés, clubes y lugares públicos. También se utilizaron los altoparlantes instalados en los vecindarios y pueblos, a fin de multiplicar el mensaje en todos los rincones. Las instrucciones a las filiales regionales del PC checoslovaco, incluían también que debían realizarse actos multitudinarios, en los que se exigiera la pena capital contra los acusados (Kourová: 63). En este despliegue de fuerza participaron los trabajadores de choque, militantes activos del Partido, que buscaban imponer su opinión al resto en las fábricas y lugares de trabajo.

Los informes de los PC locales remarcaban las acciones llevadas adelante para difundir el proceso, así como las manifestaciones

y declaraciones que pedían la ejecución de los acusados, pero también enviaban reportes sobre la simpatía que despertaba Milada Horáková entre muchos checos y eslovacos, a los que identificaban como «burgueses», o sea, antiguos comerciantes y propietarios agrícolas que fueron despojados (Kourová: 66). Las manifestaciones y peticiones debían tener la apariencia de ser espontáneas, de acuerdo a lo instruido por el Partido Comunista, como si fuesen expresiones libres de la voluntad del pueblo trabajador. El lenguaje de las peticiones estaba cargado de odio y resentimiento hacia los acusados, tal como ocurría en los medios de la prensa escrita. Se los describía como «agentes subversivos», «traidores al pueblo trabajador», «monstruos» y «espías cínicos» (Kourová: 69), nutriendo la atmósfera de linchamiento masivo. Se presentaban miles de estas peticiones ante el tribunal, presionando a los acusados y a los testigos, llegando a sumar más de 6000 en el último día del proceso. El PC checoslovaco anhelaba la unanimidad de la opinión a su favor y el máximo disciplinamiento social, y cualquier desviación de la norma era vista como un acto de sabotaje, planeado por las potencias imperialistas. Este proceso significaba, entonces, una señal poderosa de que no se toleraría el más mínimo disenso.

El proceso se llevó a cabo en la sala del jurado del edificio de Pankrác, en Praga, por tener capacidad para albergar una nutrida audiencia. Los acusados pudieron conocer el contenido de la causa el 27 de mayo de 1950, pocos días antes de comparecer ante el tribunal (Kaplan, 1995: 152), lo que parecía un pasaje de *El proceso*, la renombrada obra de Franz Kafka... Comenzaba a las 8 de la mañana y terminaba a las 18.00, con una hora para el almuerzo. Al finalizar, el tribunal, la fiscalía y miembros del StB evaluaban los pasos a seguir al día siguiente, teniendo en

cuenta el desenvolvimiento del proceso (Kaplan, 1995: 156-167). El Tribunal estaba compuesto por cinco jueces: lo presidía Karel Trudák, quien era acompañado por Josef Urválek, Juraj Vieska, Jiří Kepák y Antonín Havelka, en tanto la «fiscal obrera» era Ludmila Brožová-Polednová. Esta fiscal había tomado un curso rápido en la llamada «Facultad de Derecho de los trabajadores», y antes había sido actriz en el *Divadlo Mladých Pionýrů* (Teatro de los Jóvenes Pioneros), por lo que su conocimiento jurídico era mínimo y superficial. Se trataba de una joven de 28 años, fanatizada por la causa comunista y que ejecutó su rol de modo implacable, tal como lo hizo en varios procesos posteriores contra opositores al régimen. A pedido del PC checoslovaco, modificó su apellido original alemán Biedermannová por el de su madre, Brožová, por motivos políticos (Baer: 129-130). Tras terminar su meteórico curso de Derecho, fue asistente del fiscal en el caso del milagro de Čihošť, en plena persecución del régimen contra la Iglesia Católica Romana en Checoslovaquia, y que tuvo como una de sus consecuencias la muerte por tortura en manos del StB, del sacerdote Josef Toufar, el 25 de febrero de 1950. Era la reproducción, en tierras checas, del terror rojo del jacobinismo y de la revolución bolchevique, con su concepción de implantar un nuevo sistema de ingeniería social, barriendo a la antigua élite política de la etapa democrática, así como todo símbolo político, social o religioso que no estuviera dentro de los rígidos y estrechos moldes del marxismo-leninismo. Era, también, una nueva generación formada por revolucionarios que se proponía derrumbar sin misericordia al antiguo mundo burgués, para reemplazarlo por una nueva humanidad.

El proceso, un espectáculo con apariencia de juicio en el que las sentencias ya estaban previamente redactadas, tuvo lugar

entre el 31 de mayo y el 8 de junio de 1950. Se prohibió el acceso a los familiares de los acusados, en tanto que la audiencia se pobló con trabajadores especialmente seleccionados por el Partido y delegados regionales, a fin de que se mostrara como un tribunal en el que el pueblo juzgaba y condenaba a los traidores. Asimismo, esto incrementaba el ambiente hostil hacia los detenidos, buscando mantenerlos presionados durante todo el proceso. La sala de la Corte fue decorada con banderas nazis y armas alemanas, buscando identificar a los detenidos con el Tercer Reich, desfigurando el hecho de que muchos de ellos, incluyendo a Milada Horáková, habían participado en la resistencia y que estuvieron en prisión durante el llamado «protectorado». En términos de la propaganda de la época, el nazismo, el trotskismo, el titoísmo que dominaba en Yugoslavia y el «imperialismo» de las naciones occidentales eran sinónimos, expresiones de un mismo enemigo de clase.

Ya en la primera comparecencia ante el tribunal, el 31 de mayo de 1950, Milada Horáková demostró que no repetiría la confesión que se le había hecho memorizar. Expuso con claridad, con voz firme y en modo articulado, cuál era su posición, aunque con mucha sutileza jurídica lo que se le estaba imponiendo como nueva tipificación de crimen. Esto exasperaba al tribunal y, en particular, a la fiscal Ludmila Brožová, quien muy probablemente no comprendiera el terreno hacia el que iba Horáková, pero que tenía un objetivo preciso, que era el de humillarla en público y que se le aplicara la pena de muerte. Si bien la sentencia ya estaba redactada de antemano, y Horáková tenía plena consciencia de que el juicio era una gigantesca farsa, comprendió que su rol era defender un sistema de valores democráticos que parecía esfumarse. Muy probablemente pensara en que la pena sería una

larga prisión, tal como le había ocurrido bajo el totalitarismo nazi. Pero en este caso, no se trataba de una fuerza extranjera de ocupación, sino de sus propios compatriotas, aunque los líderes del comunismo checoslovaco estuvieran subordinados a Stalin y la Unión Soviética.

Este proceso involucró a todo el Partido Comunista en la movi-
lización de la sociedad de Checoslovaquia, y fue seguido día a día por el presidente Gottwald y su entorno, para dar instrucciones a la corte. Por ello, en el tercer día se colocaron cajas en el tribunal con miles de cartas, en las que se pedía el máximo castigo posible a los «traidores». Así, la responsabilidad por la ejecución de Milada Horáková y compañía se hacía difusa, se trasladaba a la «voluntad del pueblo trabajador», se daba la apariencia de que el tribunal no era más que instrumento del proletariado que, ahora sí, podía vengarse de la burguesía y del imperialismo. Eran muchos los que no se conformaban en firmar las peticiones generales, sino que además escribían cartas de puño y letra al tribunal, al ministro de Justicia Štefan Rais, y a Ludmila Brožová, pidiendo la máxima pena contra los acusados (Kourová: 72). Es difícil saber cuántas de estas epístolas eran sinceras, y cuántas eran hipérbolas camaleónicas de aquellos que temían que, en algún momento, también fueran inculcados por alguna conducta que el régimen consideraba «sabotaje». A esta ola se subieron los otros «partidos» del Frente Nacional, que se mantuvieron durante decenios para aparentar que Checoslovaquia era una «democracia», y pidieron la ejecución de los acusados en sus periódicos. En *Svobodné Slovo* (Palabra Libre), del Partido Socialista, se publicó un artículo en el que el autor pregunta, retóricamente, «¿Cuál es la diferencia entre la bien conocida bestia de Buchenwald –Elsa Koch– (...) y la antigua delegada de los social-nacionales Doctora Horáková

quien, al precio de una nueva catástrofe mundial, quiere revertir los logros?» [del régimen comunista] (Baer: 145-146). Pero estas manifestaciones de sobreactuación de los dirigentes partidarios, contrastaban con la aversión que despertaba todo el proceso-espectáculo entre los afiliados corrientes, en particular los del ČSNS, que en ese entonces se transformó en «Partido Socialista» (*Česká Socialistická Strana*, ČSS). Muchos renunciaron a la afiliación, para evitar firmar esas declaraciones en las que se pedía la muerte de figuras importantes del ČSNS, a las que seguían respetando y adhiriendo (Kourová: 73). Las peticiones también llegaban desde otras organizaciones sociales, como la Unión Checoslovaca de Mujeres, el Movimiento Revolucionario Sindical, las agrupaciones Sokol, la Cruz Roja de Checoslovaquia, los Bomberos Voluntarios... (Kourová: 72). También se sumó a esta avalancha de peticiones gran parte de los sacerdotes católicos (Kourová: 74), aun cuando la campaña contra la Iglesia Católica Romana había comenzado con la detención de Josef Toufar. Quizás, para evitar su destino. A quienes se resistían a firmar este tipo de declaraciones, o que se atrevían de viva voz a cuestionarlas, se les despedía de sus trabajos, acusados de ser cómplices de la «traición». La humillación pública, la persecución incansable contra los familiares, la hostilidad generalizada y la delación se iban instalando como mecanismos del autocontrol totalitario. Viktor Heller, de las asociaciones gimnásticas Sokol, no sólo recibió una fuerte reprobación de sus antiguos pares en la organización, sino que terminó encarcelado en 1954 por «contacto con los emigrados», con una pena de diez años de prisión.

Esta masiva campaña también llegó a los jóvenes y niños. Una de las características del sistema totalitario es la hiperpolitización de la vida, hasta de los detalles más nimios, y ello conlleva la

movilización incesante y la vigilancia constante de los miembros. El adoctrinamiento intensivo, la anulación de toda capacidad de pensamiento crítico y la adopción de las consignas del Partido hegemónico como verdades absolutas, cobran especial relevancia con los más jóvenes, que aún no se pueden formar en la plenitud de un juicio propio. Los docentes e inspectores escolares tenían la orden de hablar a los alumnos sobre el proceso contra «Milada Horáková y compañía», sobre el carácter «depravado» de los acusados, y debían escuchar los informes de la radio en el ámbito escolar. Asimismo, los alumnos debían escribir redacciones sobre «los traidores contra su propio pueblo», en las que los niños debían retratarlos como «monstruos» capaces de cometer las mismas bestialidades que el nazismo (Kourová: 77). Los docentes informaban a los alumnos cada día del proceso durante cinco minutos (*pětiminutovky*), era el tema central en las clases de lengua checa y de instrucción cívica, así como escuchaban la información radial sobre lo que había acontecido. Se multiplicaban las resoluciones en las escuelas, en las que se demandaba la máxima pena contra los acusados, soslayando que muchos de ellos habían formado parte de la resistencia checa durante la segunda guerra mundial, y que habían sido prisioneros en los campos de concentración. Todo ello había sido borrado, los alumnos ignoraban esa parte del pretérito reciente de personas como Milada Horáková, y se los adoctrinaba en el odio contra los trece acusados. Se utilizó la publicación *Pionýr* (Pionero) para niños, a fin de promover esa campaña, y se promovía que denunciaran a los padres que no acompañaban en su rechazo a los trece. La consecuencia fue que en las familias se evitaran las conversaciones políticas, así como las personales, ya que toda conducta «individualista» o «burguesa» podía ser empleada como elemento de denuncia y castigo. Se

esperaba que los niños ingresaran a los Pioneros, la agrupación socialista de la infancia, el primer paso del adoctrinamiento y el reclutamiento político, que tenía varias fases en el sistema de Partido-Estado. Y así como en el nazismo existió la *Hitlerjugend*, o en el fascismo la organización *Opera Nazionale Balilla*, en la URSS y sus satélites se establecieron los Pioneros. De este modo, se ejercía un doble control: sobre los niños, directamente, pero también sobre los padres, de un modo indirecto.

Era una vasta campaña que penetró en todos los rincones del país, y en todos los círculos sociales, que involucró a millones de personas. Fue una campaña de agitación, ya que buscaba despertar el odio a Milada Horáková en particular y, en general, a la «burguesía» y al sistema de la Primera República. El PC precisaba deslegitimar ese pasado tan reciente de la democracia parlamentaria, para poder montar su propio régimen totalitario. Y, asimismo, se trataba de una campaña de propaganda vertical, de arriba hacia abajo, utilizando los medios masivos existentes en la época, así como todo tipo de publicaciones periódicas, como *Pionýr* (Pionero), la revista feminista *Vlasta* (Patria) y otras. Era unánime la campaña, con el mismo tono vociferante, de diarios como *Rudé Právo* (Derecho Rojo), *Lidová Demokracie* (Democracia Popular, el diario del Partido Popular) y *Svobodné Slovo* (Palabra Libre, del Partido Socialista, ex ČSNS). En *Rudé Právo* se le dedicó mucho espacio al proceso, y en sus páginas se sostenía la versión única, oficial y monopólica del PC: que los traidores querían retornar a la explotación capitalista, apoyados por los países imperialistas, y para ello realizaban sabotajes, espionaje, y se preparaban para tomar el poder tras la tercera guerra mundial. En los artículos se sostenía que en los países capitalistas, el pueblo trabajador sentía admiración y amor por la Unión Soviética (Šubová: 32).

De nada servían los pedidos de personalidades internacionales como el profesor Albert Einstein y Eleanor Roosevelt, pidiendo por la vida de Milada Horáková y los otros acusados. El mundo exterior era visto como hostil, la sensación de guerra inminente que se buscaba crear fortalecía la furia contra estos «traidores» y «espías» que conspiraban con otros gobiernos. Y como no podía alzarse ninguna otra voz, silenciada toda expresión escrita opositora, ni había acceso a otra fuente de información, el régimen del Partido Comunista checoslovaco pudo fabricar la sensación de que gozaba de la más abrumadora unanimidad.

El lenguaje combativo y virulento de la política ganó al tribunal, y la «fiscal obrera» Ludmila Brožová jugó bien ese rol, con histrionismo y pasión fanática. Sostuvo que «Aquí, frente al pueblo trabajador, en el banquillo de los acusados están los que siguieron el vergonzoso camino de la burguesía, de los criminales que se unieron contra el pueblo de esta república para clavarle un puñal por la espalda. Los traidores a la república, aquí sentados, completamente desenmascarados» (Watkins: 91). Sin ningún pudor, se los llamó «pequeños Hitler», «agentes profesionales de los imperialistas», «ratas que conspiraban en las alcantarillas contra el pueblo trabajador»... Una gran andanada de adjetivos, de improprios, contra quienes habían formado parte de la resistencia contra el nazismo y que participaron en los partidos demócratas antes y después de la segunda guerra mundial.

Fueron muchos los intelectuales que se sumaron a esta ola de histeria, ya sea desde el diario *Lidové Noviny* –el más prestigioso y culto en tiempos de la Primera República–, como en *Mladá Fronta*, de carácter combativo. Escritores, dramaturgos y poetas bajaron al fango con la repetición de los clichés en contra del imperialismo, de los traidores y espías. El presidente de la Unión de

Escritores, Jan Drda, se plegó con términos durísimos a la campaña, así como las escritoras Alena Bernášková y Jarmila Glazarová, las actrices Eva Vrchliká y Božena Půlpánová, el rector de la Universidad Karlova, Jan Mukařovský, y los empleados del Teatro Realista de Praga (*Realistické Divadlo*) (Kourová: 82). En esta escalada, se compitió por demostrar quién era más fanático y enfático en pedir el máximo castigo a los acusados, recurriendo a toda la artillería verbal posible.

En esta atmósfera completamente hostil, en el que toda posibilidad de justicia se había desvanecido, Milada Horáková se mantuvo con calma, y con inteligencia y temple pudo exponer su posición:

«He declarado a la Policía del Estado que permanezco leal a mis convicciones, y que la razón por la que me mantengo fiel a ellas, es porque adhiero a esas ideas, a la opinión y las convicciones de aquellos que son figuras de autoridad para mí. Y entre ellos, hay dos personas que se mantienen como las más importantes para mí, dos personas que ejercieron una impresión enorme a lo largo de mi vida. Esas personas son Tomáš Garrigue Masaryk y Edvard Beneš. Y quiero decir algo a quienes también se inspiran en estos dos hombres, cuando se forman en sus convicciones e ideas. Quiero decir esto: a nadie, en este país, se le debe hacer morir por sus creencias. Y nadie debe ir a prisión por ellas». (Watkins: 92-93).

En la sesión del 8 de junio de 1950, finalmente, se hizo conocer la sentencia: cuatro de los acusados serían ejecutados, en la horca. Los otros cumplirían largas sentencias de 15 a 28 años, o bien de por vida. Milada Horáková, Jan Buchal, Oldřich Pecl

y Zaviš Kalandra fueron condenados a la horca. Klement Gottwald, presidente de Checoslovaquia, ordenó la ejecución de Milada Horáková para el 27 de junio, haciendo oídos sordos a los pedidos de clemencia de Eleanor Roosevelt, Winston Churchill, Albert Einstein y Trygve Lie —entonces secretario general de la ONU—, entre tantas otras figuras de relieve internacional. Uno de los argumentos de la presidencia checoslovaca para no conmutar la pena capital a Milada Horáková, fue que una innumerable cantidad de peticiones por su ejecución fueron realizadas espontáneamente en todo el país, y que esa era la voluntad del pueblo trabajador (Kourová: 68).

En su celda de la prisión de Pankrác, Milada dedicó sus últimos días a escribir varias cartas a sus familiares. No obstante, ninguna fue entregada a sus destinatarios, y quedaron en manos de la StB durante decenios. A Jana Horáková, su hija, le fue entregada esta última carta de su madre en 1990, ya en tiempos de la transición a la democracia, durante la presidencia de Václav Havel. Su hermana Věra, junto a su marido y Jana, pudieron visitar a Milada por última vez en la jornada anterior a la ejecución. Se le impidió abrazar a su hija, y allí pudo enterarse de que su marido Bohuslav había logrado escapar a la República Federal Alemana. También pudo saber que su hermana Věra estaba embarazada, y de que tomarían la custodia de Jana. Recién en 1968, durante el tiempo en el que Dubček fue secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia, en la llamada Primavera de Praga, Jana Horáková pudo reencontrarse con su padre, y emigrar juntos a los Estados Unidos.

En la mañana del 27 de junio, los cuatro condenados a la horca fueron conducidos al patio interno de la prisión. Milada Horáková vio cómo cada uno de los otros sentenciados fue ejecutado

–Kalandra, Buchal y Pecl–, quedando ella en el último lugar. A las 5.35 de la mañana, terminaron con su vida.

Ese mismo día, por la tarde, hubo un gran acto comunista por la ejecución de los cuatro detenidos en Prokop Holý, en el barrio de Žižkov, en Praga, en el que participaron la fiscal Ludmila Brožová y el presidente del tribunal, Karel Trudák, quien también estuvo presente durante las ejecuciones en Pankrác (Kourová, 76). En junio de 1950 se publicaron libros sobre el proceso contra Milada Horáková, para insistir y persistir en esta campaña, ya que era un eslabón de una larga cadena de juicios espectaculares, que habrían de seguir hasta 1954. Uno de ellos fue el de Karel Beran, *Před soudem lidu* (Ante el tribunal del pueblo), en el que no sólo ataca a los ejecutados y presos del proceso ya finalizado, sino también a los emigrados del Consejo de la Checoslovaquia Libre, en especial a Petr Zenkl y Vladimir Krajina. ¿Le temían a este grupo en el exilio? En rigor, no, pero era un mecanismo para inculparlos de los problemas internos: la caída de la productividad económica era atribuida a «actos de sabotaje», no a la falta de incentivos propia de una economía completamente estatal y de planificación central, ni de los objetivos irreales del primer plan quinquenal. Para ocultar el bajo desempeño económico de Checoslovaquia, dejaron de publicarse estadísticas durante los años '50, en abierto contraste con la experiencia de los decenios anteriores (Krejčí: 164-165). De modo que los procesos espectaculares también eran utilizados como mecanismos de distracción para una población a la que se le había cercenado el acceso a información procedente de Occidente, así como a las expresiones culturales proveniente de esa parte del mundo.

A este proceso contra miembros de los partidos demócratas le siguieron otros, que iban concatenados en la persecución y

desmantelamiento de las pocas redes que aún existían, vínculos personales forjados durante años en torno a convicciones compartidas e ideas en común. Se desarticulaba todo intento, hasta el más precario, de conformar una fuerza de oposición, un elemento legítimo de las democracias. Pero la «democracia popular» sólo conservaba la fachada de las Primera y Segunda República: había elecciones, partidos políticos y prensa, pero todos obedeciendo al hegemónico Partido Comunista, que guiaba a la vanguardia del proletariado en la construcción del socialismo real. A diferencia de la Unión Soviética, en los países europeos tras la cortina de hierro, se mantuvo esta apariencia de multipartidismo —el Frente Nacional establecía quiénes serían los electos en cada circunscripción, como candidato único—, porque los partidos «burgueses progresistas» acompañaban al PC en este camino. Durante decenios, los observadores ingenuos, los que quisieron creer en esta fachada y en el «segundo mundo», sostuvieron que la «democracia popular» era la auténtica democracia, hasta que el espejismo se esfumó en 1989. Ironías de la historia: en noviembre de 1989, el diario Svobodné Slovo prestó su balcón hacia la plaza de Václavské Náměstí, en el centro de Praga, para que desde allí hablaran los líderes del Foro Cívico ante los cientos de miles que se reunían todas las tardes, en la revolución de terciopelo.

Los juicios no terminaron allí, porque el terror se extendió hacia el interior del Partido Comunista, tal como lo había previsto Stalin al enviar a Lijachov y Makarov a Praga. El lugar físico de detención de los detenidos en las purgas del PC checoslovaco ya no fue Pankrác, sino las nuevas instalaciones de Ruzyně. Era el turno del juicio espectáculo contra el secretario general Rudolf Slánský y otros dirigentes del Partido, como el ex ministro de Relaciones Exteriores, Vladimír Clementis. Slánský, uno de los arquitectos

de la acusación y proceso contra «Milada Horáková y compañía», ahora se encontraba sentado en el banquillo, escuchando cómo se lo culpaba de colaborar con el imperialismo de Estados Unidos y Gran Bretaña, de ser un traidor a la patria y al pueblo trabajador, y de ser agente del trotskismo, del titoísmo y del sionismo. Porque también en Checoslovaquia se estaba viviendo la persecución antisemita del stalinismo, que se estaba haciendo sentir en la Unión Soviética y en Rumania. En el juicio a Slánský y otros miembros del Partido, once de los catorce acusados, eran de orígenes judíos.

Este proceso debe interpretarse en el contexto de lo que ocurría en Europa, en plena guerra fría. El bloqueo de Berlín había fracasado, en 1949 se conformaron la República Federal Alemana, en la parte occidental, y la llamada República Democrática Alemana, en la oriental y prosoviética. En ese año se constituyó la OTAN, Organización del Tratado Atlántico Norte, que señalaba que el gobierno de Estados Unidos había dejado atrás su antigua política de desentendimiento de cuanto ocurría en el Viejo Continente, y que ahora asumía su rol de liderazgo del bloque. El Reino Unido y Francia pasaban a papeles secundarios, aunque todavía mantenían restos de sus imperios coloniales. El Plan Marshall, que por instrucciones precisas de Stalin habían debido rechazar los gobiernos de Europa oriental, estaba llegando a los países occidentales, de modo que se había iniciado el largo camino de la reconstrucción.

En 1948 se produjo la primera ruptura del «campo socialista»: Yugoslavia, liderada con mano de hierro por el Mariscal Tito y su Partido Comunista, había sido expulsada del Kominform –el sucesor del Komintern–, y se acusaba a este régimen de «desviacionista» y nacionalista. La acusación de «titoísmo» se utilizaba

como una acusación en Europa oriental, que debía seguir a pie juntillas el modelo soviético, en tanto ejemplo de socialismo real.

Es por ello que Stalin apretó aún más las cadenas. En la Unión Soviética, tras la segunda guerra mundial, fueron muchos los que ingenuamente supusieron que Stalin no volvería a la dinámica del terror de los años '30, con sus purgas y juicios-espectáculo. Error. Stalin, cada vez más solo y paranoico, sin límite alguno a su poder, buscaba enemigos en todos lados, especialmente en su derredor. Y aplicó esta lógica del terror hacia los nuevos satélites, ordenando purgas en las propias filas de los partidos comunistas. Pero primero debían debilitar al máximo a las fuerzas no comunistas que pudieran hacer frente a estos regímenes implantados. He aquí, pues, que los restos de las fuerzas democráticas de Checoslovaquia debían acallarse. Y así como llevó adelante la matanza de Katyń, en Polonia, para eliminar a gran parte de los oficiales polacos para descabezar la élite de ese país, se propuso hacer lo mismo en los países que pasaron a su esfera de dominio tras la segunda guerra mundial. Las campañas masivas contra los acusados, la movilización intensa, era una forma de repartir complicidad en torno a un proceso criminal. Era un verdugo multitudinario, con millones de cabezas, que podía ahorcar a cualquiera, en cualquier momento.

V. EL LEGADO

EN 1968, DURANTE EL BREVE E INTENSO PERÍODO DE LA PRIMAVERA de Praga, cuando Alexander Dubček fue secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia, se encontraron las cartas que Milada Horáková escribió en sus últimos días en la prisión de Pankrác, y se ocultaron para que no fueran destruidas. En ese año, también, Bohuslav Horák pudo encontrarse con su hija Jana, quien logró viajar a Estados Unidos e instalarse allí.

Pero salvo esa ventana que apenas se entreabrió durante ese experimento del «socialismo con rostro humano», durante los cuatro decenios del comunismo la figura de Milada Horáková estuvo demonizada, recordada oficialmente como una traidora y espía de las potencias imperialistas de Occidente. No obstante, en ese tiempo siguió manteniéndose un recuerdo de la Primera República, en particular de Tomáš Garrigue Masaryk. Desde 1969 hasta 1989, el régimen comunista checoslovaco impuso una etapa de rigidez dogmática en torno al marxismo-leninismo, pero sin los juicios-espectáculo de los tiempos del stalinismo y de Gottwald.

El sistema ingresó en la etapa del posttotalitarismo, tal como la llamaba Václav Havel, en la cual el régimen había logrado

estabilizarse a través de mecanismos sutiles de control, ya que los propios individuos habían incorporado códigos de silencio, autocontrol y fuerte disciplinamiento. Ya no se buscaba la movilización hiperpoliticada de la sociedad, como en tiempos del proceso contra Milada, sino la quietud y la indiferencia. Si bien hubo campañas como la «Anti Carta», contra la Carta 77, la tónica general fue la de promover el desinterés y la apatía. Se buscó orientar a las personas hacia la satisfacción material, aun cuando en comparación a los países desarrollados de Europa occidental, se estaba varios pasos atrás.

Pero en 1989 y 1990, la democratización de Checoslovaquia pudo tener un buen cauce gracias a ese pasado de la Primera República, de 1918-1938: era posible ser un país eslavo y democrático, una república parlamentaria y altamente desarrollada y vinculada a la cultura europea. «Volver a Europa» (*Návrat k Evropě*) era una de las consignas del Foro Cívico durante la revolución de terciopelo, era uno de los motores que impulsaban a la ciudadanía que redescubría un pasado que se les había vedado conocer con todos sus matices, era el empujón para ser parte, una vez más, de esa comunidad continental de la que sentían que habían sido cercenados por la cortina de hierro. Los gobiernos de la Primera República, por convicción y por necesidad, habían buscado fortalecer los lazos con los países democráticos de Europa, ante el revisionismo húngaro y el revanchismo alemán. En la democracia redescubierta, se trataba de volver a esa Europa con la que se compartían valores, esos que encarnaron Masaryk y Beneš, los que Milada Horáková enunció en su discurso final ante el tribunal que ya la había condenado.

El legado es ético: se mantuvo firme y tranquila en la defensa de lo que consideraba correcto, en la convicción íntima de que

nunca había obrado mal al seguir interesada por los acontecimientos de su país. Atravesó muchos momentos dolorosos, desde la muerte temprana de sus hermanos, hasta la prisión bajo el nazismo y el comunismo, y eso la hizo más fuerte. Ese temple frente al tribunal, que muchos testigos identificaron como insolencia, no era más que la expresión de una personalidad vigorosa, valiente y confiada en el valor de la verdad. «La verdad triunfa» era el lema de la Primera República, y quedó grabado a fuego en la mente de muchos checos y eslovacos.

El legado es la valoración de la democracia, la conciencia de la fragilidad de la libertad humana. Uno de los grandes errores de los demócratas, en el período 1945 a 1948, fue el de haber creído que era suficiente con su actuación correcta dentro del marco de las leyes, mientras los comunistas estaban derribando a mazazos todo el edificio constitucional, desde dentro. Faltó un liderazgo enérgico y visionario que los unificara y mantuviera alerta, sin que ello implicara la caída en el autoritarismo. La declinación física de Edvard Beneš, la incapacidad de Jan Masaryk, la dispersión de las fuerzas democráticas, el desinterés de las naciones occidentales, llevaron al colapso del país centroeuropeo. El intento, casi sin fuerzas, de Milada Horáková y otros por mantener viva la llama de la Primera República, fue arrollado por la voluntad implacable del Partido Comunista, con el uso de todos los recursos del Estado a su favor.

Pero, un día, ese régimen se tambaleó y cayó: se precisaron cuatro décadas para que ello ocurriera, pero se desplomó para dar lugar a una democracia renacida.

El caso de Milada Horáková recobró importancia, ante la opinión pública, cuando fue juzgada Ludmila Brožová-Polédnová,

la «fiscal obrera», en 2006. Ya octogenaria, su defensa se basó en que solamente cumplía instrucciones de las que no era responsable. No obstante, de las actas del proceso y de los registros filmicos, así como por el protagonismo activista que tuvo durante y después, resultaba evidente que fue una parte importante del juicio-espectáculo. En ese rol de «fiscal obrera» —apenas había hecho un curso rápido de Derecho y nunca había trabajado como obrera industrial— estuvo en varios procesos judiciales más, retirándose en los años setenta. Fue condenada, en 2008, a seis años de prisión, de los cuales cumplió un año y nueve meses recluida en un geriátrico. En 2010, el entonces presidente Václav Klaus —el sucesor de Václav Havel en la primera magistratura de la República Checa—, le otorgó el indulto por edad. Medida controversial, porque la sanción fue leve en comparación al sufrimiento que ayudó a causar, y porque la clemencia nunca fue una de sus características, de acuerdo a numerosos testigos de la época. Pero Václav Klaus, si bien estuvo en el Foro Cívico desde noviembre de 1989, no había formado parte de la disidencia y, por consiguiente, no se sentía identificado con esta demanda.

Hoy, el proceso de Milada Horáková es estudiado y aprendido en las escuelas y las universidades, forma parte del universo simbólico y del conocimiento del pasado de los checos, que buscan interpretar, comprender y superar esa etapa totalitaria. Se han producido documentales y, pocos años atrás, se encontró y editó el material filmico que quedó guardado, transmitiéndose en el programa *Proces H*, de ocho horas de duración.

De un modo pacífico, civilizado, racional y documentado, Milada Horáková pudo vencer, póstumamente, a sus verdugos.

VI. Los TOTALITARISMOS

EL PARLAMENTO EUROPEO HA ESTABLECIDO AL 23 DE AGOSTO COMO el Día Conmemorativo de las Víctimas del nazismo y del stalinismo y, en la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la diputada Cecilia de la Torre impulsó y logró la aprobación del Día en Recuerdo de las Víctimas del Totalitarismo, Ley 5608. También conocido como el Día del Listón Negro, esta jornada de recuerdo de las víctimas también ha sido incorporada por los parlamentos de Canadá, Noruega y Georgia, así como por el Congreso de los Estados Unidos. Pasan los años, los recuerdos trágicos se van borrando, los testigos y los sobrevivientes van falleciendo, y las manifestaciones contemporáneas de las corrientes totalitarias salen nuevamente a la luz, buscando relativizar o negar ese pasado trágico.

Los regímenes totalitarios, a diferencia de los autoritarismos, han buscado el control total de las poblaciones que sometieron. Con una falsa apariencia «científica», elaboraron teorías de la historia de la humanidad que pretenden explicar desde los inicios de la especie hasta arribar a una etapa final que es presentada como una edad de oro paradisíaca, en la que el grupo antes explotado

y disminuido, logra su triunfo sobre el mal. Es una visión teleológica de la historia, con una estructura cuasi-religiosa, y le otorga un «sentido» que le permite desarrollar un relato articulado, de apariencia científica, axiomático y dogmático, que choca violentamente contra los argumentos racionales y documentados que se le presentan en el debate libre. Para el nazismo, la historia de la humanidad era el retorno de los arios a su posición de preeminencia sobre las otras razas, tras ser sojuzgados por pueblos «inferiores» y por los «subhumanos» judíos, que los degradaron física y mentalmente. La edad de oro del nazismo era la victoria de la higiene racial, el exterminio físico de los enemigos, la implantación de un imperio germánico en Europa, que habría de extender su dominación sobre el resto del planeta.

Para el marxismo-leninismo, el grupo dominado a lo largo de la historia de la humanidad era el de los proletarios en tanto clase social, que finalmente lograría tomar el control de los medios de producción y de los Estados para implantar su dictadura y, luego, transformarse en sociedades comunistas en las que reinaría la hiperabundancia y la armonía en un mundo sin clases sociales, sin propiedad privada, sin Estado y sin religión.

Tanto en el nazismo como en el socialismo real, todo es permeado por esa pseudociencia sostenida como una verdad indiscutible: desde la historia, las humanidades, la biología, la economía y la política, hasta los deportes, las artes, la arquitectura y el tiempo libre. La sociedad se va uniformizando conforme a un criterio único al que las personas deben adecuarse, a pesar de que las contradicciones se hacen evidentes, de que los matices son inoculables y los fracasos se tornan estridentes. Pero a diferencia de las monarquías absolutas del Antiguo Régimen, o de las dictaduras autoritarias, aspiran a crear una «nueva humanidad», barriendo

con todo lo anterior en un grado creciente, arrinconando hasta eliminar cualquier expresión que quedara de sociedad civil y de singularidad personal. Toda conducta se transforma en política, y se anhela convertir a cada individuo en un mero engranaje en una gran máquina colectivista.

La fecha del 23 de agosto recuerda la firma del Pacto Ribbentrop-Molotov, de 1939, cuando la Unión Soviética y la Alemania nazi firmaron el acuerdo de no agresión entre los dos regímenes, así como una serie de protocolos secretos de reparto de Europa oriental. La primera víctima de este reparto fue Polonia, invadida por ambos en septiembre de 1939. Ambos regímenes perpetraron crímenes masivos, genocidios, deportaciones y tuvieron campos de concentración; montaron sistemas represivos que anularon a toda manifestación opositora o disidente, clausuraron a la prensa independiente, establecieron sistemas educativos con una visión única y eliminaron las libertades individuales. El nazismo y el comunismo soviético coexistieron en Europa entre 1939 y 1941 durante la guerra, preparándose para el enfrentamiento entre ellos, pero también cooperando en la Polonia que barrieron del mapa, y en los países bálticos.

La falta de voces enérgicas que repudiaran genocidios como el armenio y el ucraniano (Holodomor), naturalizaron los genocidios del nazismo contra el pueblo judío (Shoá) –cuya singularidad fue la industrialización y sistematización del exterminio de un grupo étnico de un modo que hasta entonces nunca se había conocido en la historia humana– y contra los gitanos o romaníes (Porrajmos) en varios países de la Europa conquistada. El hecho de que la Unión Soviética fue parte, desde 1941, de las fuerzas aliadas contra el Eje, junto al Reino Unido y los Estados Unidos, le sirvió para que se taparan los crímenes masivos y el sistema de

opresión dentro de su propio país. No obstante, un logro posterior a la segunda guerra mundial fue que se comprendiera la universalidad de los derechos humanos, aun cuando esto no fue óbice para que otros regímenes totalitarios y autoritarios siguieran perpetrando crímenes y atrocidades. El escenario pasó al continente asiático, con la República Popular China –el llamado «Gran salto adelante» y la «Gran Revolución Cultural Proletaria»– o el régimen de Pol Pot en Camboya. Aún persiste la llamada República Democrática Popular de Corea, más conocida como Corea del Norte, un sistema totalitario comunista en el que se rinde culto fanático a los tres líderes de la familia Kim.

Las nuevas tecnologías permiten desplegar un sistema de control de las personas mucho más refinado y sutil, tal como ocurre hoy en la República Popular China, que además logra el silencio de autoridades, académicos y periodistas más allá de sus fronteras. El recurso brutal del juicio-espectáculo que utilizó el stalinismo ha sido reemplazado por un pesado manto de mutismo e indiferencia. Ya no hay narrativas históricas ni argumentaciones elaboradas, porque la presión y la opresión se ejercen de otro modo, aunque no por ello menos letal. En este sentido, es más precisa la caracterización que hizo Václav Havel del «posttotalitarismo», pero para llegar a esta etapa, hubo antes un período de persecución extrema. En Checoslovaquia, así como en los otros países de Europa Oriental, estuvo siempre presente el recuerdo de los juicios-espectáculo y las purgas, con la posibilidad de que en cualquier momento se podía volver a ese tipo de persecución abierta y masiva.

La toma de conciencia del horror y del dolor, en todo el abismo al que puede caer la especie humana, debe trascender todas

las fronteras: las políticas y las sociales, las étnicas, lingüísticas y generacionales.

Casos como el de la abogada Milada Horáková, clara y valiente defensora de los derechos humanos y que fue víctima de dos totalitarismos, ha habido varios en la historia europea del siglo XX. Porque, más allá de las diferencias entre regímenes como el nazi y el comunista, ambos coinciden en la supresión brutal de las libertades y en el silenciamiento de la disidencia y de la independencia de pensamiento. Son muy pocos los que, en estas situaciones extremas, deciden resistir y vivir en la verdad, a pesar de todo, porque el coraje es una conducta escasa en la especie humana. Milada Horáková tuvo la entereza de enfrentar a los dos sistemas que se impusieron para dominar a los ciudadanos de Checoslovaquia, lo que le significó la prisión y la muerte, pero también su victoria póstuma y el triunfo de sus ideas de democracia y libertad.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV., *Postavení a osudy židovského obyvatelstva v Čechách a na Moravě v letech 1939-1945*. Praha, Maxdorf – Ústav pro Soudobé Dějiny AV ČR, 1998.

Adam Watkins, *The Show Trial of JUDr. Milada Horáková: The Catalyst for Social Revolution in Communist Czechoslovakia, 1950*. Connecticut, Central Connecticut State University, 2010.

Andrea Orzoff, *Battle for the Castle: The Myth of Czechoslovakia in Europe, 1914-1948*. New York, Oxford University Press, 2009.

Greg Ross, *Milada Horáková: defensora de la democracia y víctima de los totalitarismos en Checoslovaquia*. Buenos Aires, Documento n° 72 de CADAL, 2018.

Hillel Kieval, *Languages of Community: The Jewish Experience in the Czech Lands*. Berkeley, University of California Press, 2000.

Igor Lukes, *On the Edge of the Cold War: American Diplomats and Spies in Postwar Prague*. New York, Oxford University Press, 2012.

Igor Lukes, Rudolf Slansky: *His Trials and Trial*. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Cold War International Project History, Working Paper #50, 2008.

Iveta Jusová y Jiřina Šiklová, *Czech Feminisms: Perspectives on Gender in East Central Europe*. Bloomington, Indiana University Press, 2016.

Jaroslav Krejčí y Pavel Machonin, *Czechoslovakia 1918-1992. A Laboratory for Social Change*. New York, Macmillan, 1996.

Joseph Rothschild, *Return to Diversity. A Political History of East Central Europe Since World War II*. New York, Oxford University Press, 1993.

Josette Baer, *Seven Czech Women: Portraits of Courage, Humanism, and Enlightenment*. Columbia University Press, 2015.

Karel Kaplan, *Komunistický režim a politické procesy v Československu*. Brno, Barrister a Principal, 2008.

Karel Kaplan, *Nebezpečná bezpečnost*. Brno, Doplněk, 1999.

Karel Kaplan, *Největší politický proces*. Praha, Ústav pro Soudobé Dějiny, 1995.

Karen Offen, *European Feminisms, 1700-1950: A Political History*. Stanford, Stanford University Press, 2000.

Katalyn Kádár Lynn, *The Inauguration of Organized Political Warfare: Cold War Organizations Sponsored by the National Committee for a Free Europe/ Free Europe Committee*. New York, Central European University Press, 2013.

- Livia Rothkirchen, *The Jews of Bohemia and Moravia: Facing the Holocaust*. Lincoln, University of Nebraska Press, 2005.
- Nancy Wingfield, *Creating the Other: Ethnic Conflict and Nationalism in Habsburg Central Europe*. New York, Berghahn, 2003.
- Pavlna Kourová y Petr Koura. *La campagne de propagande qui accompagna le procès politique de »Milada Horáková et Cie«*. Cahiers du CEFRES, Centre Français de Recherche en Sciences Sociales (CEFRES), 2012, pp.59-103.
- Robert Service, Camaradas. *Breve historia del comunismo*. Barcelona, Ediciones B, 2009.
- Tony Judt, Posguerra. *Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona, Taurus, 2016.
- Věra Olivová, *Dějiny první republiky*. Praha, Nakladatelství Karolinum, 2000.
- Veronika Šubová, *Proces s Miladou Horákovou perspektivou totalitní propagandy v Rudém Právu*. Jihočeská univerzita v Českých Budějovicích, 2012.
- Vladimír Nálevka, *Kapitoly z dějin studené války*. Praha, Institut pro Středoevropskou kulturu a politiku, 1997. Tomo I.
- Vladislav Zubok, *Un imperio fallido*. Barcelona, Crítica, 2008.
- Wilma Abeles Iggers, *Women of Prague: Ethnic Diversity and Social Change from the Eighteenth Century to the Present*. Providence, Berghahn, 1995.
- Zdeněk Sládek, *Malá Dohoda, 1919-1938*. Praha, Nakladatelství Karolinum, 2000.

ACERCA DEL AUTOR

RICARDO LÓPEZ GÖTTIG NACIÓ EN BUENOS AIRES, ARGENTINA, EN 1966. Es Profesor y Doctor en Historia, egresado de la Universidad de Belgrano y de la Universidad Karlova de Praga, respectivamente. Es director del Instituto Václav Havel de CADAL. Doctorando en Ciencia Política. Es profesor titular de Historia Contemporánea y de Historia Argentina en las carreras de Relaciones Internacionales, Ciencia Política y Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Belgrano. También es profesor de Historia de las Relaciones Internacionales en las Maestrías en Relaciones Internacionales de la Universidad del Salvador y de la UB. Fue profesor visitante en la Universidad Torcuato Di Tella, Università degli Studi di Pavia y la Universidad ORT Uruguay. Autor del libro *Origen, mitos e influencias del antisemitismo en el mundo*, publicado por CADAL y la Fundación Konrad Adenauer de Argentina, en 2019. Desde diciembre de 2015 hasta diciembre de 2019, fue Director de Museos y Preservación Patrimonial de la Provincia de Buenos Aires.



**Monumento conmemorativo
a Milada Horáková,
Plaza Pětikostelní, Praga.**

El monumento del escultor Josef Faltus, inaugurado en noviembre de 2015, representa una alondra posada sobre un micrófono, en un atril para declaraciones, símbolo de la valiente actuación de Milada Horáková en defensa de sus principios e ideales.

**Me estoy cayendo, me estoy cayendo,
He perdido esta pelea,
me voy con honor.
Amo a este país, amo a esta gente,
Realza su bienestar.
Me voy sin odio hacia ustedes.
Se lo deseo...
Le deseo...**

27.6.1950

Una fascinante narrativa de la vida de Milada Horáková, una mujer extraordinaria y valiente, encarcelada por los nazis y matada por los comunistas. El legado de Milada y la historia complicada, pero inspiradora, de la joven democracia checoslovaca de la primera mitad del siglo XX nos recuerdan que el deseo humano por la libertad y un carácter fuerte son más poderosos que cualquier totalitarismo.

JAKUB KLEPAL

DIRECTOR EJECUTIVO
FORUM 2000 FOUNDATION (REPÚBLICA CHECA)

